



Isidora Aguirre

*Carta a
Roque Dalton*

novela

EDICIONES
PARADIGMA

Isidora Aguirre



Dibujo de Peter Sinclair

Isidora Aguirre es una famosa autora teatral chilena y una de las más representativas de Iberoamérica. Su actividad incluye la dirección escénica y asimismo una vocación narrativa manifiesta en un libro evocador e inconfundiblemente testimonial y poético: *DOY POR VIVIDO TODO LO SOÑADO*. Este endecasílabo de su paisano Juan Cruchaga es por cierto una caracterización paradigmática de su estilo, que sabe fundir los datos de la realidad con la expresión sugerente e imaginativa de un discurso a la vez intimista y atestigüador del devenir histórico. Esta novela fue publicada por Plaza & Janés en 1987, el mismo año en el que le fue otorgado el premio Casa de las Américas por su obra teatral *Retablo de Yumbel*.

Si con la comedia musical *La pérgola de las flores* alcanzó en 1960 un éxito resonante, obtuvo un reconocimiento de público y crítica unánime y numeroso en 1981 con la representación de *Lautaro*.

Isidora Aguirre es una escritora atenta al tiempo y a sus preguntas, que parecen resolverse sin solución y sin pesimismo a medida que se van planteando. Dentro de un espíritu afín y también distante del característico de García Márquez y de Isabel Allende, nuestra autora sigue escribiendo íntimas historias claras de una vida de mujer.

67202

Isidora Aguirre

*Carta a
Ningun Dalton*

Isidora Aguirre

Carta a Roque Dalton

JULIO VIVAS

Primer edición: Junio, 1989

© 1981 Isidora Aguirre

Edición por RASA & MARET EDITORES S.A.

Avda. de Guadalupe, 21-23, Edificio de Librerías (Barcelona)

Impreso en España - Impreso en Europa
ISBN: 84-01-80288-8 - Depósito Legal: B. 21.083.80

Impreso en T. G. Suter, S.A.
Las Mat. 69 - Espiguas (Barcelona)



Portada de:

JULIO VIVAS

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Primera edición: **Junio, 1990**

© 1990, Isadora Aguirre

Editado por PLAZA & JANES EDITORES, S.A.
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain – Impreso en España
ISBN: 84-01-80059-5 – Depósito Legal: B. 21.083-90
Impreso en T. G. Soler, S.A.
Luis Millet, 69 – Esplugues (Barcelona)

«Dicen que las cosas son de quién
más las ama. ¿Y los poetas, maestro?»
«Con mayor razón», responde usted.

Maestro, me lo había dicho su amigo el poeta Lihn, pero no pude creerlo, ni él estaba seguro –escuchó la noticia en París «sin confirmar»–, así es que en el estudio de televisión de los Domingos-a-todo-color, cuando anunciaron unas viajeras centroamericanas premiadas de cosméticos Jean-les Pins entre las que había una compatriota suya, supe que a ella le iba a preguntar por su muerte. Es que antes de bailar la «cumbia» y el «carbonero», pronunció su misma, idéntica frase: «Como mi tierra no tiene folclore, se lo pedimos prestado al país vecino.» (¿Se acuerda? Granja Experimental, tarde rosa, mucho ron bebido y usted cantando el corrido del Hijo Desobediente?) Me quedé anhelante, la pregunta doliéndome en la lengua mientras la concurrencia, a una seña del animador, se ponía en cuatro pies para gritar ¡un-dos-tres Nescafé! Entonces esa mujercita de lentes y trasero abultado le hizo un guiño a los de la orquesta para que la siguieran y empezó a menear las caderas en su baile prestado por el país vecino. Y yo, maestro, pensando en su vida, tan todo lo contrario de lo que estaba ocurriendo allí, y en su CLARO GOLPE DE ALMA que me marcó para siempre.

No pude creerlo, le decía, porque no vislumbré un

sino trágico en su frente, ni parecía ser de aquellos que desaparecen o se dejan matar. Más bien solía usted huir de sus cárceles con un conjuro, o con un terremoto.

Su muerte: un pequeño cataclismo silencioso en algún lugar del Caribe. Pero, si no hacía tanto que estaba usted sentado en un escaño de mi cocina, ante una taza de té y pan tostado, leyéndome sus últimos escritos, unos que hablaban de la guerra surrealista del fútbol, con esos héroes chistosos, a su imagen, supongo. (Usted y su andar desgarrado por los senderos del socialismo, flotando un poco en las ropas demasiado amplias: «Es que aquí no puedes escoger la talla.»)

¿Qué le pasó? ¿Le empezaron a doler sus muertos? ¿O esos hermanos suyos que llegaban a la Isla a reponerse de las torturas?

El animador, pura sonrisa en la pantalla, ahora daba voces echando a las viajeras premiadas: «¡Sáquenme de aquí a esta gente... rápido las próximas, apaguen el foco putamadre!» Empujada, gritada, enredándose en los cables, logré salir tras ellas. La luz violenta del mediodía resquebrajó los maquillajes y se me confundieron los rostros. Doy al fin con su compatriota y le pregunto, sin preámbulos, si a ese poeta de su tierra que yo tanto admiro, es verdad que me lo mataron. Me miró, ojos redondos detrás de los lentes, abrió un hociquito de ratón, pero no emitió ningún sonido. Quizá temía ir a dar a una mazmorra, de esas del nunca más se supo, por nombrar poetas prohibidos en países con regímenes de fuerza. Así es que repetí mi pregunta, reiterando mi admiración por usted, a ver si despertaba en ella algo de orgullo patrio.

—Sí. Di'heron que ese poeta nuestro había muerto. (Fíjese en lo de «nuestro», ¡qué descarada!) Pero no

murió en mi país. Fue en Guatemala, creo, o en La Habana.

Vea usted en acción, la propaganda borradora de toda huella, corriendo al muertito para el país de al lado, que no despierte la honorable ciudadanía consumidora de los adelantos técnicos de las grandes potencias ¡undostresnescafé!

Herida por la sentencia de la mujercita del carbonero volví al estudio a cumplir un aburrido deber sentimental. Una pareja del jet-set disfrutaba, gracias a una marca de cigarrillos norteamericanos, de un paraíso de felicidad en los canales de Venecia. Luego, sin sonido, nos dejan ver el lúgubre escrito de sanidad, advirtiéndome que el tabaco produce cáncer. Bueno, ya lo insólito se va haciendo costumbre. En el set de las «próximas», unas lolitas con rostros requequeteados de bebés eróticos, se zarandeaban semidesnudas y con botas estrechocando traseros y lanzando tan alto las piernas que parecía que se les iban a desprender. Detrás de las cámaras, el animador gesticulaba indicando que marcáramos el ritmo. Descaragué la ira y la desazón que me provocó la noticia de su muerte en las manos de un viejo que batía palmas junto a mí. Clavé en ellas una mirada de escándalo y la mantuve fija hasta que las manos del viejo vacilaron, se detuvieron en el aire y cayeron mustias sobre sus rodillas. Desde un monitor invisible, usted me interrogaba: «¿Qué pasa, maestra?»

-Pasa que no debió ausentarse, dando un paso fuera de este mundo, pasa que me duele pensar que no volveremos a estar juntos. Pasa, que pudimos vernos una vez más, una vez más...

Espero que haya aprobado usted mi interrogatorio a la viajera premiada de cosméticos, y también su epitafio, aquel bodrio televisivo tan ajeno a lo que era us-

ted. (¿Bodrio?, me pregunta usted. Según el diccionario es un caldo que le daban a los pobres en el que no destacaba ningún sabor.) O sea, esa mala sopa del set, revoltijos dedicados al consumismo, con sus vedetes de un minuto, probando suerte ante la audiencia y el juez pito en la boca, y esas dueñas de casa que envían, ilusionadas, sus cuponcitos de participar en los concursos y miran con ojos vacunos los premios ofrecidos, artefactos de la llamada «línea blanca» o el auto nuevo, encintado como un toro de feria, dispuestas a gatear maullando y a cantar los slogans del consumo-luego-existo, esperando llevarse al menos una licuadora o un modesto paquete de fideos. Y usted, maestro, **¡SUPRIMIDO POR NO ESTAR DE ACUERDO!**

¿Qué le parece? Esa fue su tumba. Su tumba provisoria, porque mientras no venga usted a decírmelo –ya verá cómo se las arregla–, no voy a creer en su muerte. ¿No fue bien refinado de mi parte dedicarle este ritual?

–Muy interesante, tendríamos que revisar eso –hubiera dicho usted. (Su voz delgada aún no se abre paso entre los silbidos intermitentes de la noche.)

¡Y qué no hubiera descubierto, maestro! Experto como era en lo sorpresivo, mago de las emociones, virtuoso en contradicciones en las que todo cabe, macro y microcosmos, ideología y escatología, el amor más dulce y la muerte. ¿Sabe?, la muerte, ahora que tiene su rostro, ya no me asusta.

Salí del estudio preguntándome cuál sería la expresión última de su rostro. ¿De dolor? ¿De inocencia? Ojos cerrados, bajo el arco fino de las cejas, su digna nariz afilándose más y más, y usted, desde no sé dónde, confesándome: «No se crea, maestra, aquello no es tan negro como lo pintan.»

Tal vez sea una irreverencia de mi parte, pero de

veras siento que no pueda contarme esta postrer experiencia suya, así como me contaba sus amoríos, sus libros, sus huidas de prisión: ya nunca sabré si fue fantasía o verdad lo del terremoto que derribó su celda en vísperas del interrogatorio cuando escribía en el muro barajando las treinta-y-tres posibilidades: «Hablo, me perdonan, hablo y luego me matan, digo la verdad, no me la creen, o la creen, los jijoeputa...» Y viene ese remezón, seguido de otro y otro y usted escapa, caminando entre nubes de polvo y gente implorando al Señor, y al poco tiempo señalan su presencia en Praga.

¿O se libró también de la muerte y me telefonará desde lejanas tierras para contármelo? Y con los primeros «ima'ínese, maestra», se borrarán de una plumada los años transcurridos y volveremos a instalarnos en el presente. Sin la ausencia. De no ser así, tendríamos que referirnos a su persona en «imperfecto», ese odioso tiempo verbal.

—Caray —murmura usted en algún lado, por no decir «cara'o».

Pero de algo estoy segura: me contaría su muerte en forma magistral. Y yo, como siempre, dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo. Y una vez más su «sí-cómo no» se hubiera enlazado a mi «claro-claro» en la penumbra del cuarto, la noche sin los relojes, ensanchándose, con usted y yo embarcados en la inconsciencia del PUROAMOR. En los remansos, quietos sobre la blanca llanura de las sábanas, volveríamos a intercambiar recuerdos (uno suyo por uno mío) y a descubrir nuevas coincidencias como aquella del español Gabino Gáinza metido en las guerras de independencia de su país y el mío tan apartados en la geografía. O que nuestros respectivos presidentes, al filo de los años treinta, masacraron campesinos con igual

salvajismo y con unas proyecciones históricas –dijo usted–, que analizaríamos más adelante, con una mesa entre los dos para evitar las tentaciones de la piel. Y en el último de los remansos, el alba filtrándose por los intersticios de la celosía, antes del sueño profundo, borrados los más recónditos pudores, me confesaría otro de sus más íntimos secretos (estoy recordando aquello del muerto que «le sobraba», maestro, el guardia al que le disparó cruzando una frontera clandestina, y que era quizá, uno de esos campesinos con uniforme que sueñan con el arado...) (No, no he olvidado su recomendación de no mencionarlo jamás, menos aún por escrito. Pero ¿qué importa ahora? Seguro que anda paseando con él entre nubes, explicándole que fue el miedo cabrón el que lo hizo apretar el gatillo, confiando, además, en la mala puntería de los poetas. Y habrá rematado su charla con uno de esos famosos chistes suyos, subidos de color y que contaba con tantísima gracia.)

¡Qué bueno era seguirlo a usted hasta cualquier fin del mundo, salir al rescate de los días pasados, barajando presente y futuro, hasta aterrizar de madrugada en una playa sin nombre dando las gracias a nadie por haber nacido!

Así es que aquí me tiene, maestro, atrapada en su recuerdo, rebasada por su presencia (aún intangible), desbordándome usted del pensamiento. Sobre la cama y esparcidos por la habitación –en esta casa donde me visitó no hace tanto– están sus libros de poemas, algunas cartas suyas y las mías (las muchas que, allá en la Isla o desde acá, escribí y no envié). Y una que otra revista donde puede que lo encuentre opinando sobre un poeta, diciendo que sí, que no, mirándome desde una fotografía–, o lea nada más su nombre citado por un amigo. Aunque no es éste todo el material que debería tener maestro: gran parte lo perdí en la quemazón del «por si allanan» de esos días negros. Al separar las revistas prohibidas que debían ir a la hoguera, olvidé rescatar páginas para mi nostalgia futura, ¿qué quiere?, no podíamos pensar serenamente con esos fatídicos pájaros de metal sobrevolando los tejados. Herían con sus haces de luz azulosa las calles y los patios en aquellas largas noches del toque de queda. (¿Recuerda el Malcu, el cóndor, el que buscaba los tesoros que el Inca Ri dejó a su cuidado al morir, derramando luz azul desde la frente, luz transfiguradora y de esperanza? Pues, así, pero todo lo contrario, maestro.) Ahí estaban con su traca-traca, vigi-

lando, sorprendidos seguramente con el humo que subía desde las chimeneas en las tibiezas primaverales de setiembre... Porque supongo que se enteró usted de las grandes piras en la plaza: veíamos en las pantallas a unos tímidos soldaditos enseñando ante las cámaras de TV los títulos de cada uno de los libros condenados –aunque, decían, no todas las condenas estaban confirmadas, «se espera una pronta ratificación». Por ahí pasaron desde Marx y Engels hasta los hermanos Marx, desde la revolución cubana hasta las revoluciones por minuto de los manuales de mecánica. Y no hubo rojo que escapara, incluyendo *El rojo y el negro* de Stendhal.

Se me fueron en el humo de Setiembre, maestro, las revistas donde podía encontrarlo, pero tengo conmigo los dos libros de poemas que me dedicó. A ver cuánto tarda en surgir de esos versos suyos, como Aladino de su lámpara, para instalarse a los pies de mi cama. Allá en el cuarto del hotel con el mar en la ventana y los barquitos navegando hacia La Habana del Este, o acá, en mi living, en el sillón con forro de cretona de cuadros amarillos, el que adoptó como suyo.

(Entonces, ensayemos un diálogo fantasmagórico:

–¿Dónde cree que está, maestro?

–En el lugar que usted me asigne.

–¿Aquí, por ejemplo?

–Sí, boba. ¿Olvidó ya lo del «of course, hasta siempre»?)

CON AMOR, HASTA SIEMPRE, OF COURSE, HASTA SIEMPRE... reza la dedicatoria de su libro tapas magenta, el que me entregó cuando se fue a despedir, ¿recuerda, aquel mes de marzo?, advirtiéndome que su gesto era una prueba más de amor ya que le quedaban poquísimos ejemplares de ese libro de poemas. Se lo habían publicado hacía años, en su país, donde estaba ahora tan prohibido. ¿Y cómo no?, si escribía poemas irreverentes como ese que le dedica al sanguinario General Martínez (el masacrador de campesinos de los años treinta): «Dicen/ que fue un buen presidente / porque le regaló casas baratas/ a los salvadoreños que quedaron.»

Me enseñó la dedicatoria pidiendo perdón por la letra temblona, culpa de la «guagua» que lo había traído al hotel, uno de esos buses que se van muriendo entre estertores de fierros sueltos por la escasez de repuestos del bloqueo. Luego se excusó de no poder quedarse esa tarde conmigo porque tenía cita con su bailarina, la de los muslos excesivos que había ganado en una apuesta contra el destino. (¡Dígame si miento!) «Que si tampoco llega mi mamacita en este vuelo, segunda vez que vengo al aeropuerto, que me acueste con ese par de muslitos que veo ofrecidos en la cabina

telefónica.» Y su madre, of course, no llegó. Su madre, esa indita pequeña de faldas pudorosas que se paraba en la puerta del hotel a ver pasar el socialismo.

Con el libro entre las manos, ojos inocentes, la cabeza inclinada en esa actitud suya de niño bueno, me dijo que odiaba las despedidas y también los aeropuertos, y que para qué tanto decirse adiós si nuestra separación sería nada más momentánea, porque «en cuanto te pille ¡me lanzo!» (Maestro, ¡cómo pudo, en medio de aquel seguro para-siempre, afligirme con sus pequeñas infidelidades!)

En seguida estuvimos especulando con nuestro próximo encuentro: quizá en París, con nieve y sin palmeras, o en el «Coño» Sur –dijo–, donde vendría a visitarme, y «prontito».

Lo escuchaba en silencio, acomodando mi rostro a la serenidad del suyo para no romper las reglas del juego, «amar, pero no en forma posesiva», ni menos aún, exigiendo futuro. Puedo verlo, como si no hubiera pasado el tiempo, mirándome de soslayo, sin saber mucho qué decir, el libro entre las manos, las ropas puestas, la colcha de la cama estiradita, todo muy formal.

(Mi corazón acelerándose, con sólo imaginar lo que sería no tenerlo ya conmigo...)

–Nadie como usted, maestra –dijo al fin, con algo de solemnidad–, para apreciar mis poemas, los que leímos juntos y los que quedaron sin leer, que tendrá que descifrar a solas.

Y me tendió el libro.

Dígame si no fue un gesto premonitorio: me lo entregaba para cuando su muerte, para que pudiéramos continuar el diálogo en el amor del of-course-hasta-siempre.

–¿Puedo hacerlo, maestro?

Quiero decir ¿puedo charlar con usted mezclando a sus escritos las palabras que allá me decía, convertir verso en prosa, preguntando y respondiendo, hablando con su fantasma, usando trozos de sus poemas, compartir con usted bellas ciudades donde nunca estuvimos, caminar tomada de su brazo esas calles extranjeras sin que importe el desfase del tiempo en que las anduvimos?

Usted todo lo aprueba. Es lo que imagino. Nada es de nadie, «todo es de todos», hasta los poetas... Me está sonriendo con esa desmayada lejanía que lucen los muertos antiguos en sus retratos.

¿Dónde está? ¿Un pie en mi cuarto y el otro en la vía láctea?

-¡Qué perra desgraciada, la muerte! De pronto remueve a la gente del tablero de ajedrez de la existencia -sin una señal, sin un aviso-, obligándonos a continuar el juego a solas y por libro, con un contrincante invisible. Usted que ya cruzó los umbrales, vea si puede presentar queja a nombre de los vivos. Espero que no tengan allá esas burocracias de «se equivocó de ventanilla, faltan timbres, sobran estampillas, vuelva el lunes», que desaniman a cualquiera. (Y si adopto este tono frívolo, es sólo para disimular mi desazón.)

Usted guarda silencio. Una pausa necesaria, un espacio para reencontrarme con el metal de su voz cuando me decía -de verdad-, «los poemas que leímos juntos y los que tendrá que descifrar a solas». (Entreparéntesis, ¿me puede oír?)

-Casi casi -me parece escuchar.

Su voz en sordina irá adquiriendo poco a poco el tono justo. Ahora -estamos de vuelta en el hotel-, quiere leerme uno de sus poemas: «Tengo 15 años y lloro por las noches. Aunque llorar por las noches no

es en manera alguna peculiar, y más bien hay otras cosas para decirlas cantando.»

Entre pausas y desganos continúa: «Fue cuando bebí mi primer vaso de vino y quedé desnudo en mis habitaciones, sorbiendo la noche. Me dolía pensar a solas y sin tener a nadie a quién golpear, o dejar piadosamente perdonado.»

Se ha acercado al tocador del triple espejo donde quedó fija su imagen cuando se observó de reojo mientras recitaba: «Está uno y su cara de santón farfante», para saber si aún la tenía o si la tuvo alguna vez. Y me cuenta que le preocupa aquella cicatriz que nadie le ha visto nunca y ese gesto que esconde todo el día. Abre los brazos y exclama:

—¡Es que cuando lo sepan las buenas gentes, me quitarán el saludo hasta los pájaros!

Con un suspiro cierra el libro tapas magenta donde aparece su perfil bien joven, se diría adolescente, con peinado jopo, harto demodé. Me mira con aires engañosos de colegial, como si estuviera a punto de preguntarme algo, pero calla, confundido. Es que no sabe ya dónde está. Me contagia sus dudas. Ignora en qué estado me visita. ¿Sonámbulo? Hiperbólicamente hablando, diría su amigo Lezama Lima. O es que hemos logrado reconstituir una nueva realidad, descontaminada del tiempo real, y somos tan ciertos como inciertos, usted y yo, puesto que estoy inmateralmente en la Isla en aquel mes de marzo, con alguien que, aunque estuvo allí conmigo, ya no podría estar en sitio alguno, ni con un esfuerzo de parapsicología. Bueno, henos aquí en el reino de lo intangible. ¿Reino de la poesía? ¿Quién está soñando a quién? Sea como sea, de algo estoy segura y es de que usted ha vuelto a instalarse, como solía, a los pies de mi cama. Y tal vez se está preguntando si aquello que blanquea

a lo lejos es la cima nevada de la cordillera o la vela de un barquito, los del mar enmarcado en la ventana, que navega hacia La Habana del Este.

-Donde está ahora, maestro, ¿hay ventanas?

-Hay todo lo que usted quiera -responde, usando mi voz.

-No. Así no vale.

-Deje de confundirme y concéntrese de una vez en los recuerdos -me ordena con los ojos.

Porque ¿a qué hilar tan fino? Si, después de todo, sólo estoy evocándolo, como quien nada más recuerda.

Me está preguntando si no me importa que se despidiera así, tan anticipadamente y sin ceremonias, ya que mi avión no parte todavía. Y le digo que no es su manera de decir adiós lo que me entristece, sino el pensar que pronto no lo tendré tan al alcance de la mano, en el otro extremo del hilo telefónico, o en una esquina de esas calles tibias que bajan en pendiente suave hacia el mar. Y que me duele imaginar que las seguirá usted recorriendo sin mí. No crea que me consuela su advertencia «puede que desaparezca por un tiempo breve, o largo. Mis ausencias no deben inquietarla», ¡un tiempo tan largo...! Bueno, eso es lo que pensé y no dije.

Me estaba usted doliendo por todo el cuerpo. Sólo cuando nuestra relación se convirtió en esta hermandad indestructible (¿qué le parece lo de HERMANDAD INDESTRUCTIBLE?), se me terminaron los sobresaltos y el mundo recuperó su ritmo. Tanto así que hoy, después de escuchar la sentencia de la mujercita del carbonero, puedo recordarlo casi casi con impúdica alegría. Aunque más no sea por el privilegio de

haberlo conocido. Es que con usted, maestro, ese chato lugar común «tanto gusto de conocerlo», adquiere una connotación tremenda.

¿O será que al írseme así, entre gingles comerciales y bodrios televisivos **NO SE ME ACABA USTED DE MORIR?**

–Sí, cómo no –me responde, despertando de su letargo con el clamor de las mayúsculas. Va hacia el tocador (ya el espejo dibuja su rostro), verifica que todo esté en orden, el mar y los barquitos, el libro entre sus manos. Muy serio mira los caracteres negros de su nombre sobre el fondo magenta y dice:

–«A los locos no nos quedan bien los nombres. Hay quienes los llevan como vestidos nuevos, los balbucean al fundar amigos. Hasta los hacen imprimir en tarjetas que luego van de mano en mano con la alegría de las cosas simples...»

–Cierto –le digo–. Pero cuando más ajenos nos parecen nuestros nombres, es cuando tenemos que escribirlos en hojas de papel sellado en alguna oficina pública. Y qué terribles cuando se leen en los diarios, esos nombres triples de la ilusión de los padres en la pila bautismal, ahora anónimos, vacíos, designando a los detenidos-desaparecidos, esta doliente nueva raza del Tercer Mundo.

–«Hay nombres envidiables como banderas bélicas –sigue leyendo usted–, que se quedan en tierra cuando sus dueños, con sus huesos van a dar a la sombra.»

Y calla, sombrío. Le digo, para que se conforme:

–Se escriben versos que hablan de huesos y tumbas sin aprensión, como si uno no fuera a morir nunca.

Usted sonríe, con ese aire gentil que le conocemos.

—Nada más le hablaba de los locos, maestra. —Y continúa con el poema: «Es que los locos, ¡ay señor los locos!, de tanto olvidar nos asfixiamos. Los pobres locos que hasta la risa confundimos, ¿cómo quieren que sigamos con los nombres a rastras, cuidándolos?»

Y me mira, melancólico. Maestro, no deje que nos caiga encima la angustia.

—La angustia existe —dice usted—. Una hora apenas después del crepúsculo, el hombre recoge los hirientes residuos del día.

—Una hora difícil, por las nostalgias —le comento yo, recordando a un hombre simple que cuidaba un faro, allá en los confines australes—. ¿Puede imaginar sus crepúsculos? Solo, en una especie de gran frasco de vidrio, bebiendo su café y su pan con mermelada, sin más suelo que una minúscula isla verde. Verde de lluvia y lluvia, perdida en las inmensidades del océano, viendo cordillera y fiordos, y quizá los témpanos viajeros de los canales. Y así se le van sucediendo las estaciones, en un enredo de inviernos, con esplendores de sol. Solo, sin más voces amigas que las que emite su aparato de radio, sin otra diversión que el vuelo de las aves marinas, tal vez un pingüino fije en él sus ojillos y agite esas alas que parecen mangas sin las manos.

—¡Los locos! —exclama usted, sin conmoverse con mi hombre del faro austral—. ¡Ay señor, los locos...!

Y me cuenta de uno que le dijo «que había algo llamado luz, pero que era imposible de coger con las manos».

—Qué modo tan sencillo de aprehender el infinito —le comento yo, llena de entusiasmo, por esas frases que le atribuye usted a un loco. Pero en ese dar vuelta las páginas de su libro de poemas, se me ha ido a la ciudad de Viena. Me está hablando de «calles de nom-

bres impronunciabiles que tocaban sus ansias extranjeras», de los jesuitas que lo marcaron para siempre, como el padre Escalona «que le echaba encima sus cosenos, sus rectángulos horribísimos y su álgebra sotánica».

—Claro que sin hablar alemán, sin ser homosexual o ejercer de algún modo el qué-me-importa...

—Deja el libro y expresa con sus manos «está uno jodido».

Aguardo mi verso favorito:

—«Nada de mi alarido oculto, el que escondido en cuadernos colegiales, formaba parte de este ser que me crece...»

Me mira. ¡ESTE SER QUE ME CRECE!

Dejamos Viena y partimos hacia la hermosa ciudad de Praga, con su ser que me crece y florece. Recorreremos una vez más (o una vez menos) sus calles invernales. Y usted, como de costumbre, haciendo de niño terrible de su Partido: «Es que si te descuidas, la vida se te vuelve una jornada de Anita la Huerfanita, un solo llanto entre gordos. En todo caso, trabajar en un país socialista y no ganar para comprar bufanda o guantes, te hace amar la metafísica fundamental y desear un violín lila, para volver a la playa donde puedes hartarte de flores por el ombligo.» Sonríe y me confiesa: «Es que soy funcionario del partido comunista más chiquito del mundo. Uno que tratará de hacer su revolución sin miles de muertitos, porque se arruinarían las posibilidades de la agricultura nacional... con las tumbas.»

(Maestro, hemos vuelto a caer en ese abismo: salga pronto de los muertos y sus tumbas.)

—Odio tu vestidito celeste —se burla usted—, y tu

ropa interior llena de trampas, que me oculta tus dulces nalguitas sonrojadas.

Seguramente está pensando en Lisa, la musa de su poesía amorosa. La feliz destinataria de esos «oh, amor mío» que suele intercalar en sus artículos. Lisa, la que lo abandonó –escribió usted–, «sin haberle hecho ni tan siquiera las traducciones».

–Coño –murmura bajito–, ¡cuántas veces nos dejan sin habernos hecho esas traducciones!

–Porque el amor súbito nos llena la boca de promesas –le digo, para disculpar a Lisa la incumplidora.

Pero nos olvidamos de Lisa y caminamos tomados de la mano por las calles heladas de Praga. Vamos bien alegres, admirando las fuentes, los torreones, las plazoletas y las piedras que se detuvieron en una antigüedad estrictamente calculada. Recién salidos de un socialismo caliente, cruzamos sin bufanda ni guantes los puentes grises del Moldava. Ahora todo me parece un sueño, usted, el Moldava, ir de un lado a otro del planeta y admirar lo que a través de siglos los hombres (millones de gentes que no conocimos) fueron construyendo. Los próceres, antiguos guerreros de adusto ceño, montan guardia en los puentes, sus testas blanqueadas, más que por el hielo, por la irreverencia de las palomas. Sopla sobre sus dedos entumecidos por el frío, los esconde bajo mi axila buscando calor, y dice a modo de excusa, mientras, por enésima vez le hago notar el resplandor luminoso de las aguas:

–Es que anoche no tuvimos cognac. Sólo esas uvas demasiado dulces... –Y, burlándose, me pregunta–: ¿Tendremos que seguir despanzurrando mis poemas para charlar, maestra?

Volvemos al hotel, al cuarto con el mar en la ven-

tana. Es que ha tomado el libro tapas magenta para enseñarme unas líneas que escribió entre paréntesis: (EL SER SOCIAL JUEGA CON LA CONCIENCIA DE UNO, SOBRE TODO EN INVIERNO.)

-¿Se acuerda, maestro, cuando escribió en la revista de Casa: «Es que ya no puede uno hacer el amor sin que se entere el Comité Central?» Y en un artículo serio.

-¿Qué quiere decir? Todos mis escritos son sumamente serios.

-«Sumamente», ¿es palabra suya?

-Creo que es suya, ¿no?

-De mi madre.

-Su madre decía «sumamente» ...¿Hablábamos de su madre?

De pronto su voz pierde el timbre y su silueta se vuelve borrosa. De prisa jalo el hilo del papalote, nuestros volantines, maestro para hacerlo regresar. Su imagen se esfuma en la luz tenue de la amanecida. No se me ausente, tenemos tanto que revisar usted y yo. La madrugada es una hora limpia, rigurosa, apta para los exámenes de conciencia. Leamos unos párrafos de su novela inédita, los que puso en boca de un joven comunista.

«¿Qué es lo que me piden? Renunciamientos y más renunciamientos. Sin embargo, comprendo la revolución y la hallo hermosa. Creo que tengo cabida dentro de ella, que mis defectos y lados sombríos también caben en ella, conmigo. Porque si me dicen que este criterio moral mío, por el que soy capaz de hacer aparecer todas mis posibilidades de pasión, debe ser combatido, yo digo -y con firmeza si es necesario- que simplemente por él vivo. Inclusive, iría a las filas de la revolución para defenderlo.»

Al fin reacciona:

–Bueno –me dice, alzando los brazos–, ese criterio tan complicado de mi protagonista no formaría, of-course, la mejor agenda para una reunión de jóvenes comunistas tan empecinados en el candor. –Y me ruega que siga leyendo para usted.

«Es decir, que aún aceptando los riesgos que toda posición excepcionalista implica, creo que la revolución debe tener una política para tratarme y para tratar a todas las personas como yo, que no hacemos otra cosa que reflejar las más agudas contradicciones –no sé si debido al talento o a la irresponsabilidad– del mundo actual, cuyas transformaciones lograrán los revolucionarios, amén.»

Me observa, inclinando el rostro:

–¿Qué le parece?

–¡Que quiere que me parezca! Siento un vivo deseo de convertirme en esa revolución, para tratarlo como pide y como merece que lo traten, maestro.

–Sí, ahora recuerdo que le estuve leyendo esos párrafos –me dice, con una voz muy dulce, como si lo invadiera una vez más esa atmósfera cálida del cuarto, la atmósfera del amor que recién empieza. Toma mi mano entre las tuyas. Cerramos los ojos. Sólo se escucha en la quietud de la madrugada esa lluvia de guijarros, el teclear de mi máquina de escribir. De pronto brota de la radio una zambita argentina que transmiten desde el otro lado de los Andes, sólo podemos oírlos cuando nuestras emisoras callan. Una guitarra nostálgica y esa voz tan familiar, es Falú el que canta: «Perdón, te digo adiós, si perdonas podrás olvidar...» Aterrizamos lejos de las calles de Praga o de las tibiezas de la Isla. Caemos en la plena dulzura del amor. Cualquier amor. Nada de extraordinario. Uno que calza con las letras de las zambitas, esas que piden tan tiernamente perdón... «Te digo adiós, si perdonas po-

drás olvidar, que te quede de mí la ternura, como resolana, bajo la piel.»

Y yo debo pedirle perdón a usted, maestro, por recordarlo así, tan subjetivamente, en forma tan unilateral, fuera de las proyecciones literarias o políticas de su persona y de sus escritos. Pero ¡qué puede esperar de una marginada de la erudición! No manejo como usted ciertos lenguajes, soy incapaz de disertar sobre la esencia de la esencia. O sobre el porqué de los porqués, para preguntarme luego qué hay detrás del último «por qué», ese que a la hora de la muerte se nos queda sin responder.

—Y no se olvide de las premoniciones históricas —me acota usted, agitando sus manos delgadas de marioneta oriental, ni en la tierra ni en el cielo sino en mi encendida imaginación, donde (digámoslo poéticamente) anidó su presencia.

Hubiera sido una buena discípula suya. ¡Con lo que me atrae este oficio de aprendiz! Y perdone, otro perdón, maestro, si pecco de inmodestia al emprender en esta carta la tarea de «medio-resucitarlo»...

—Dicen que Dios puede hacer que «no haya sido lo que una vez fue». (Su muerte, por ejemplo.)

Usted se burla.

—¿Por qué no, maestro? ¿No cree que a fuerza de nostalgia lo atraiga hasta mi casa? Entonces nos instalamos en el living con una botella de buen cognac, o nos disponemos a salir sin rumbo. Los calendarios perdieron su prisa, hoy, mañana, pasado..., podríamos hacer tal cosa, no hacer nada, o ir a alguna parte...

—A una tanguería —sugiere usted. Lo miro con extrañeza—. ¡No me diga que no conoce las tanguerías!

—Ni de nombre.

—Vamos a remediar eso en seguida. Si tomamos un taxi, el chofer sabrá dónde encontrar una, ¿no le parece?

Y el chofer nos dejó en una casa antigua, segundo piso, sin anuncio visible, en un barrio apartado.

Creo que bailamos un tango formal entre parejas formales. En todo caso no esperaba usted encontrar algo así, tan tristón. Se veía muy ajeno ante los vasos de vino tinto y el mantel dudoso, lejos de los trópicos, sin la camisa a cuadros y los bototos del socialismo.

Se enamoró de una peruanita preciosa que ejecutaba un baile exótico en smoking y sombrero de copa. La acompañaban el piano y los maullidos de un violín. La invitó a nuestra mesa para ofrecerle un trago de vino y le vinieron unas ganas locas de «salvarla». Ella lo escuchaba disertar, grandes ojos fijos, sin pestañear. Bajo la gruesa capa de maquillaje se traslucía la frescura de la piel, y tras la expresión de «esta cara tengo que poner a cualquiera que me insinúe cualquier cosa», se notaba, dijo usted, que no entendía ni un cara'ho de qué le estaba hablando. La verdad es que quería alejarla de allí, sugiriéndole que estaba desperdiciando su talento y juventud en un antro como ése, que debía cambiar de giro, en fin, que podía citarse al mediodía siguiente en la Plaza de Armas, por ejemplo, para empezar ya de una vez a relacionarla... Y de veras que lo hacía bien desinteresadamente, ¡con los deseos que tenía de «morderle las nalguitas sonrojadas»!

Pero obtuvo un pago más que ingrato: ella debió acusarlo a su protector, el dueño del local, porque a la salida nos aguardaba un «matón» —alguien dos veces usted—, que ni valía la pena probar suerte:

—Apure el paso, haga como que no lo hemos visto. Qué mal agradecida, ¿no le parece?

Y echamos a correr, sin mucha dignidad, por la vereda en sombras.

—A ver si nos para ese chofer...

Y ya más tranquilo dentro del taxi:

—Bien, pues, maestra, ¡ya conoce una tanguería!

Ay, maestro, ¡tan de veras que lo escuché! ¿Por qué milagro de las neuronas de las reminiscencias ha vuelto usted a instalarse dentro de un taxi, calle Catedral-abajo, para decir su frase, para mirarme con picardía y lleno de satisfacción por haber escapado del matón de la peruanita?

Y no piense que estoy tratando de escribir uno de esos tratados de «fulano por sí mismo» o algo por el estilo. Reanudo, simplemente, el diálogo con una persona como usted, capaz de charlar conmigo desde las galaxias, de cualquier tema, serio o trivial, riendo o volviéndose algo solemne cuando me da órdenes como esta que me ha salido al paso y que no deja de preocuparme:

—«Cuando sepas que he muerto, no pronuncies mi nombre...»

CUANDO SEPAS QUE HE MUERTO, NO PRONUNCIAS MI NOMBRE.

—¿Por qué, si me suena tan milagroso?

—«Tengo sueño, he amado, he ganado el silencio. Cuando sepas que he muerto, di sílabas extrañas, pronuncia flor, abeja, lágrima, pan... No pronuncies mi nombre porque desde la oscura tierra regresaría por tu voz. No dejes que tus labios hallen mis once letras.»

Usted y sus cábalas, maestro. Lo imaginé contando de prisa en sus dedos las letras de su nombre. Lo puedo ver en la galería de su casa, en su viejo sillón de mimbre sentado ante su vieja mesa, donde tiene sus dos veces vieja máquina de escribir destartada de letras desteñidas. Un regalo, supongo, de los rusos que la tenían ya en la Revolución de Octubre. La misma en la que me escribía cartas de enviar por mano, y que me llegaban fatigadas de recorrer países. Y que no eran de puro divagar como las mías, sino de hacer preguntas concretas: «¿Y? ¿Se realiza al fin ese congreso de escritores? Use sus dulces influencias para que me inviten. Es probable, parece, may be, que aterrice pronto por allá. A ver si le caigo por su casa uno de estos días. La besa con el amor de siempre...» y las once letras de su nombre.

-Finaliza setiembre, y es hora de decirte lo difícil que ha sido no morir...

-¿De qué me está hablando, maestro? ¿De sus escrúpulos por estarse ahí quieto, redactando artículos, cumpliendo deberes teóricos, ideológicos, en lugar de echarse el fusil al hombro y partir a escalar montes? «Es duro tener que matar para que otros vivan mejor», me decía su amigo el guerrillero herido.

-Luchas con violencia para alcanzar la paz -dice usted. Y luego-: No hay que matar al centinela. El pobre es función de un sueño colectivo. Un uniformado, repleto de suspiros, recordando el arado. -Y se me queda mirando con esa tristeza en los ojos.

-Maestro, recordemos algo alegre, el Moldava, por ejemplo. Volvamos a Praga, subamos al torreón de piedra de uno de los puentes y desde allí contemplemos sus aguas aceradas perdiéndose en lejanía en la luz invernal. Acuérdesse de la guardiana de enormes pechos que nos entregó el boleto para cruzar la puerta que conducía al mirador de la torre con un gesto solemne, como invitándonos a subir al paraíso. Y usted silbando bajito eso del «Moldava» que los checos han convertido en himno nacional. Recuerde el himno nacional que salía tan misteriosamente de las paredes del cuarto del hotel al dar la medianoche. ¿Se acuerda, maestro, qué felices éramos?

Usted me ignora. No quiere acompañarme allí donde, en verdad, no estuvimos. No desea alejarse de esos terrenos peligrosos, sus poemas que hablan de «cuando yo muera esto, cuando yo muera esto otro». Usted asiente, sorprendido de lo mucho que estuvo nombrando a la «innombrable»... Luego, sin consideraciones, me entrega el libro abierto (me re-

fiero al de tapas color magenta), en una página donde me está gritando con letras mayúsculas el nombre de un poema:

-¡MUERTOS!

-Está bien. Me resigno.

-Escribí de los muertos sin saber de sus rudas zarabandas nocturnas -me está leyendo usted, compulsivamente, saltando de un verso al otro, asegurando que llegó sin invitación hasta sus territorios terribles, que los vio reñir como hermanos, que le pareció que su batalla sólo servía para «insultarlo por vivir»...-. ¡Oh, amigos! Es duro ver matando a los que descansan en paz, es más grave que quedarse solo, sabiendo que uno NO SIRVE NI PARA QUE LO MATEN...

Cierra el libro, desconcertado.

-Maestro...

Hago un esfuerzo por arrancarlo de ese mundo de tinieblas. Me alejo por el pasillo para que me siga hasta el living y me detengo junto al sillón donde le gustaba sentarse, frente al cuadro de mi madre pintora que lo miraba con sus grandes ojos verdemarinos (con esa mirada fija y soñadora que reciben los espejos en los autorretratos...) Mi madre parece indiferente a nuestras cuitas, ¿qué importa la vida, qué importa la muerte? Sólo la paz (para-siempre) y ese suave aroma de óleo y trementina que aún siento en el recuerdo mirando la tela. Ahí quedó (para-siempre), bien erguida con el pincel en la diestra y la paleta de colores en la otra mano, reteniendo la respiración al mirarse en el espejo para que se le afine la nariz, lo que ella siempre consideró un toque de distinción. Y no porque le importaran demasiado sus rancios apellidos, sino porque -nos decía-, amaba a sus abuelos y bisabuelos que le habían legado ese don de la pintura, y su amor por las bellas artes.

Le hablo de esto porque ahí, en ese sillón, animado quizá por el recuerdo de mi madre, solía hablarme de esa humilde mujer de pueblo que lo trajo al mundo (un día diferente a este / hace treinta años / hacía yo madre a mi madre / un día como este hace treinta años / oraban los oradores del VII Congreso / de la Internacional: / pronto necesitaré anteojos / y unos masajes para reducir la barriga / pues mi figura actual no da mayor decoro / niega respaldo a mi famosa fuga de la cárcel...) Y de ese señor, un yanqui andariego, padre suyo, a trechos millonario, que anduvo sembrando hijos por el continente, tanto así que le dio a usted un hermano por el lado opuesto a sus ideales que fue a morir en Vietnam, y una hermana muy querida, en México, aquella que –decía usted–, «tenía fe en sus grandes dudas». Un señor, su padre, que recuerda en sus escritos como el que llegaba de vez en cuando a su casa, lo miraba, le rozaba la mejilla y luego se marchaba dejándoles un sobre lleno de billetes. Le gustaba contar algunas de sus aventuras, como esa de las máscaras de madera que alquilaba en los retretes de un bar de México, cuyas puertas sólo le cubrían a los clientes medio cuerpo: de ese modo podían ocultar su rostro mientras defecaban.

Luego nos advertía: «No cuenten las historias de mi padre, porque algún día pienso escribirlas yo...»

(¿Quién nos corta el «hoy haré esto, mañana lo otro»? ¿Quién nos deja sin editar nuestras novelas, inconclusos nuestros proyectos?)

–¿Dónde está, maestra?

–Aquí, junto a usted en el sillón del living donde le gustaba sentarse, en aquellos días en que la palabra «muerte» era apenas un hito en sus poemas, como la palabra «amor» y la palabra «vida».

–Sí –dice usted–, hubo un tiempo en que yo sabía

mucho de los muertos. –Sonríe y me explica–: Es otro verso de este mismo poema. –Y continúa leyéndome, no puedo ya distraerlo: «Me clamaban desde su niebla natal, para recordarme mi futura adhesión al hielo inabarcable de los cuerpos perdidos.» Luego de una pausa, me explica que los muertos vestían de hiedra guerrera, afanados en utilizar «la santa bestialidad que conservaban de la vida». Y con cierta angustia, exclama–: «Los muertos arriaron su bandera, como los hijos pobres del olvido, y nos dejaron la vida por construir.»

Lo miro con extrañeza.

–«Los muertos están muertos –me lee usted–. ¡Se quedaron atrás... MUERTOS!»

–Maestro, déjeme protestar: los míos tienen un nombre, no podemos llamarlos nada más «muertos».

–¿De qué me está hablando?

–De nuestros fusilados «tercermundistas», maestro. Los más recientes, los que siguen muriendo, los que nos andan rondando. Y que intervienen cada vez con más frecuencia en nuestra vida cotidiana, se acuestan en nuestros lechos, barren con nuestras escobas, hacen deslizarse los arcos de los violines en las bandas de las plazas, introducen sus pies desnudos en los zapatos que quedan bajo el lecho. Hasta comen en nuestros platos y nos siguen en los autobuses a lugares que parecerían inadecuados para los muertos.

Aunque es en los sueños donde los sentimos más presentes. ¿No sufrió usted ese asedio sutil? Al comienzo no nos dejan ver sus rostros, apenas unas siluetas borrosas. Poco a poco la imagen se vuelve nítida y llega la primera avanzada. Empiezan a moverse con cierta audacia, y a menudo nos hieren con su indiferencia, como esos muertos de su poema que lo ignoraban. De pronto clavan sus banderas en nuestro te-

territorio dormido y ahí quedamos, indefensos, sin comprender qué es lo que esperan de nosotros. Algo debió enturbiarse cuando nos volvieron tan brusca-mente la vida del revés (quiero decir maestro, cuando nos cortaron en dos la historia y el bien pasó a ser mal y la mentira, verdad...) porque hasta las claves para descifrar los sueños quedaron trastocadas. Y esos muertos, que podríamos llamar «los hijos involuntarios de la violencia», se han apoderado en tal forma de nuestra conciencia, que los otros ya nada significan. Hablo de los que mueren en sus camas, los que se pueden nombrar, en fin, los que aparecen en el periódico, merecedores de un panegírico fúnebre o de un busto reluciente de nuevo en un parque primaveral. Así es que, tal como están las cosas, déjeme tomar su canto para ofrecerlo a esos masacrados nuestros, tan numerosos (aunque en las pantallas de televisión dicen que no ha muerto nadie) y que tenían tantas ansias de vivir cuando los silenciaron con las ráfagas. No puedo nombrarlos, me ruegan que espere el día preciso. Hay veces en que sus nombres me rozan los labios y no sé qué hacer con esa dulzura nueva de amar a los muertos. (¿Recuerda cuando, en la escuela, nos enseñaban la adoración del Niño Dios en el pesebre, apelando a la infinita ternura de la infancia? Y vaya usted a saber por qué esos muertos que en vida no conocimos nos inspiran ese amor, maestro.) Quizá nuestros fusilados no quieran salir a luz hasta no tener mayor claridad, hasta adquirir cierta perspectiva. Quizá se preparan para un desembarco masivo. ¿Puede imaginarlos saliendo todos juntos de la tierra con sus banderas? Ya creo percibir ese clamor de sus «multitudes silenciosas». Pero de algo estoy cierta, y es de que ellos desean que los sigamos teniendo presentes (somos tan propensos al olvido). Y ya están emergiendo aquí y allá,

náufragos de la tierra clandestina, derramando sus lastimosos trofeos, no sé si para intimidar a sus victimarios, o para que sus deudos no los sigan buscando entre los vivos. De tiempo en tiempo se escuchan sordos rugidos de volcanes, el suelo se resquebraja y anuncian en los diarios de la mañana: «Macabro hallazgo.» Y ya sabe usted lo que sigue: denuncias, juicios, careos, y toda una inútil mascarada, siempre hay una amnistía aguardando a los masacradores.

Y si esto no ocurre con más frecuencia es, supongo, para que nadie se acostumbre al gesto insólito de acunar despojos. Hemos visto mujeres fotografiadas en las revistas, enseñando un trozo de mandíbula, un cráneo agujereado, un diente de oro, restos humanos adheridos al trapo, al alambre de la tortura, diciendo que sí, que era su hijo querido, su esposo, hombre tan recto y honrado, que lo reconoce por esta marca aquí, por ese harapo, el suéter que le tejió el último invierno, que se lo llevó a la cárcel, justamente, cuando lo detuvieron. Hemos escuchado ese grito lúgubre que no todos quieren oír, saliendo de los pozos donde cavan los funcionarios indiferentes, hechos ya al oficio (no hay manos menos adecuadas para enterrar a los muertos que las manos del sepulturero), buscando las piezas del horrible rompecabezas, los trocitos de alguien que en vida tuvo un nombre, una sonrisa, penas y alegrías. Luego los arman sobre mesas esterilizadas, miembros incompletos, pies y manos a medio tragar por la tierra y la cal, un dedo que aún conserva la argolla con el nombre de la esposa, ¡a qué continuar, maestro! Los parientes hacen cola en la morgue para reconocer los restos de sus seres queridos, firmar papeles, hacer declaraciones a los periodistas: «Sí, tuve que ir yo a reconocerlo porque mi papá no tuvo el valor», «Fue terrible pero quise ha-

cerlo, porque así podía darle sepultura cristiana y decirse a los niños...» «Es peor seguir con la esperanza de que están vivos...» Conformidad, conformidad, conformidad. Y los pondrán en bolsas muy pulcras de polietileno, y harán de algún modo un simulacro de entierro antes de tirarlos de noche a la fosa común. ¡Qué incómoda mercadería! Y es mejor no hablar del asunto, porque de otro modo no se puede vivir. ¿Recuerda esas momias en el Museo del Cuzco? Momias terrosas de rodillas filudas, en cuclillas en las vitrinas: un clamor sordo de huesos y ese mismo grito sideral de los pozos negros, detenido en las mandíbulas desencajadas. Bocas sin labios, cuencas sin ojos y el cartelito anunciando: «La mandíbula desencajada es un error del embalsamador...»

—Ay, Dios, los errores... —murmura usted.

—Sí, maestro, yo también creía saber mucho acerca de los muertos, pero ahora releendo sus poemas, me doy cuenta que no lo suficiente. A menudo se me desordenan y junto al abuelo que desapareció de su sillón de la galería —donde quedó fija su sonrisa—, surge un fusilado que me mira sin ojos para que lo recuerde por la mañana.

Y aún no le he preguntado qué culpa le adjudicaron, y si se vio desnudo e indefenso, manipulado en las mazmorras donde se envilecen los verdugos. Dígame si lo sacaron de madrugada, antes del toque de queda, por calles desiertas, en un camión cubierto de lona verde, su cuerpo entre otros cuerpos yertos dispuestos como leños unos sobre otros... Dígame si acaso el viento de amanecida al alzar la lona de trecho en trecho, de tumbo en tumbo, dejaba entrever un pie, una mano lívida. Y por último dígame si («nevertheless») debo seguir creyendo en su bomba tercermundista, esa de las charlas en el hotel.

¿Cómo no recordar sus alas? ¿Cómo no recordar la esperanza que tenía en sus «galopes andinos»? Porque ya empezaban a percibirse desde la América Central hasta el extremo del Cono Sur. Es que cada cierto tiempo, maestro, un cataclismo termina con los alegres desfiles y acuden los muertos a perturbarnos el sueño, mientras en las pantallas siguen hablándonos con desparpajo de Dios, del Mundial de Fútbol y de las ventajas de un buen desodorante.

¿Qué ocurriría si las cámaras de TV, entre comerciales majaderos y concursos de esos, enfocaran de pronto las pocilgas del hambre o las celdas de la tortura? ¿Qué pasa, por ejemplo, si podemos ver en forma simultánea lo que ocurre en nuestra ciudad? Si nos muestran lo que está permitido y lo que nos ocultan ¿no cree usted que las tinieblas vencerían la luz? ¿Qué tal si entre la gente que compra en un supermercado o espera la luz verde para cruzar la calle, se nos aparece un verdugo arrancándole las uñas a un prisionero? ¿Qué tal si las impersonales cifras de los muertos, si los nombres de los torturados, se convierten en imágenes vivas? Y mientras aquello ocurre —lo veamos o no—, no hay rayos que crucen el cielo, ni truenos que inquieten a los que tranquilamente beben su limonada, calculando el precio de un coche nuevo. Maestro dígame, por favor, dónde queda la lógica de un mundo como éste, el que la raza humana nos ha heredado... ¿Cómo pudo desviarse así nuestra tan bullada civilización hasta dejarnos en esta encrucijada? Vivimos refugiados en nuestro pequeño mundo, el interior, y el estrecho círculo visible, pero de vez en cuando nos sentimos parte de ese mundo exterior, el otro, que se nos ha vuelto tenebroso. Entonces podríamos exclamar: «bendita sea la paz de los muertos».

Más vale volver atrás, a los tiempos de la inocencia. Retroceder, aunque pasemos de largo y aterricemos en los olvidados recintos de la infancia. Allí donde la sonrisa del padre era una lámpara encendida. Ay, maestro, los espejismos de la niñez, la quinta de Renca con sus pavos reales, sus pechos gloriosos de un azul añil –un azul tan bello que sólo puede darse en los pechos de los pavos reales– y sus colas desplegadas, abanicos gigantescos desplazándose a lo lejos entre los árboles añosos, y su grito agudo que perfora los velos del tiempo y me llega ahora en sordina, pero intacto, para recordarme aquellos mundos perdidos. Y qué me dice del amor imposible y las teclas del piano subiendo y bajando en do mayor (si me equivoco más de una vez, «él» no vendrá esta tarde), y de la adolescencia, avanzando al galope con sus ansias de misticismo: «convertirse en misionero descalzo y acudir a lejanos parajes para socorrer a los desamparados», eso o nada. Todo o nada. El extremismo juvenil, las alas desplegadas o los abismos. Y la luna descubierta entre las fragancias de jazmines esa noche en el que el amor entreabría las puertas del infinito. La LUNA, maestro. La dama pálida para uso de los enamorados. La inconstante Luna, por la que Julieta le prohíbe jurar a su Romeo. Bajemos al comedor del hotel: están enseñando unas fotografías de la Luna, las que le tomaron los turistas del espacio. Acuérdesese: supimos que tenía zonas negras, un Mar de la Tranquilidad, cráteres radiactivos, el día cortado a pique sobre la noche. Imagínese: una Luna despojada de sus atardeceres. Y recuerde la otra foto, la que le tomaron desde las cercanías de la Luna a los terrícolas. Usted burlándose de los yanquis porque queriendo enfocar su país, sólo consiguieron unas nebulosas de leche sobre el azul del océano, donde nada más destacaba la

Isla (la pequeña República Socialista que tanto les duele) tendida ahí como una lagartija reina, con su colita enroscada. O «como un caimán en aparente reposo», dijo usted. Y me hizo notar que mi país –de contornos semejantes–, quizá por hallarse en los confines australes estaba en posición vertical, erguido y en puntillas. «Para no congelarse los pies en los hielos», le dije yo. «Y con la cabeza ardiendo en la pampa», dijo usted.

Y en este punto crucial de los te acuerdas y los dije yo, dijo usted, me detengo para preguntarle:

–¿Quedará algo más de aquel año en que nos encontramos, maestro, que no sea el paso ingravido del primer hombre en la Luna?

–¡Ay, mamá, los astronautas! –suspira usted.

¡LOS ASTRONAUTAS, maestro!

Si sólo permanecen las estructuras descarnadas de la historia, más vale rodar por el despeñadero de los siglos, del precámbrico al silúrico, donde no pesan las muertes injustas, por ejemplo. Entretenerse con las glaciaciones y los cataclismos, descender una por una las edades del hombre hasta recordar con una antigua memoria de piedra ¡LA INAUGURACIÓN DEL MUNDO!

Lo invito esta noche a viajar por los ríos de lava que se abren paso entre pedernales, a contemplar las invertidas catedrales de estalactitas, y allá en lo alto, Dios atareado en separar luz de tinieblas, ordenando las temperaturas, señalando el curso de las aguas, inventado la química, hasta el ¡CLIC..., el ácido ribonucleico! ¡La vida naciendo en la cópula de un rayo de luz en el útero del océano! Lo invito luego a aplaudir la zarabanda de los espongiarios y de las algas azules –primer toque dulzón entre las fuerzas desatadas– antes que acudan, curiosos, los primeros vertebrados y ruján esos descomunales lagartos y se sucedan de prisa las mutaciones: ahí está, el incomparable: ¡EL HOMO SAPIENS!

Baja de los árboles, se alza orgulloso en dos patas,

fija los ojos en el horizonte y descubre el equilibrio. Ahora le sobran las manos, ya no le son útiles, camina erguido. Se las mira indeciso. Toma una varilla y dibuja en la arena el perfil de sus dioses. Viste de prisa el traje blanco de fibra sintética, se calza la escafandra, se balancea orgulloso sobre sus piernas como un gorila híbrido de arcángel ¡y posa un pie ingrávido sobre la superficie lunar!

«Ingrávidos de Luna.»

O ingrávidos, nada más, como usted y yo en ese mar de Santa María. Llueve apenas y los pinos sobre la arena forman muralla oscura contra los estallidos de luz. Las aguas tibias del mediodía arrastran el cuerpo o lo mantienen flotando deliciosamente. Se borran las diferencias de temperatura, de peso, de gravidez. Y el mar, y la piel, y la lluvia y el aire ¡todo es la misma cosa!

Claro que es mejor volar. ¿Practicó alguna vez esos vuelos rasantes de los sueños? Elevarse sin esfuerzo y mantenerse planeando como las aves marinas, moviendo los brazos levemente, rítmicamente, como quien respira, sintiendo que cada músculo funciona de maravillas contra la resistencia del aire. Esa técnica onírica, en fin, que nos deja la sensación de «unicato», de sólo-yo-puedo. Algo semejante era flotar en ese mar de la playa Santa María. (Usted, of course, a medio desvestir, los calcetines puestos, cavilando en la orilla... «Ni para hacer el amor hay que quitarse los calcetines», explica, por eso de sus catarros.) Algo semejante, le decía, han de experimentar los astronautas cuando flotan invertidos en el espacio.

—¿Dónde anda, maestro? ¿Terminó de escalar galaxias? ¿Se desintegró su alma entre las nebulosas de la Vía Láctea? Quizá no se haya desintegrado y no esté

lejos, y yo logre acercarme o acercarlo, con esta larga carta que no sé dónde enviarle.

(Por lo demás, nunca creí en la Orden Hermética de los Buzones, esos caballeros blindados al sentimiento.)

¡Qué hermoso pudo ser nuestro planeta Tierra si en lugar de «perseguirnos los unos a los otros» (¿será ése el undécimo mandamiento?) nos hubiéramos abocado a la tarea de escudriñar los espacios celestes!

Bueno aún nos queda la esperanza de suponer que en cuanto funcionen las líneas del turismo espacial, resulten incomprensibles las masacres y anticuadas las revoluciones.

(-Wishful thinking -murmura usted.)

-¿Qué pasó, maestro? ¿Es que conserva todavía ese hondo escepticismo que anida en su fe incondicional?

En fin, que hoy aterrizan en la Luna, mañana será quizá dónde. Y así se irán explicando los misterios de los OVNIS, y pasado mañana van a caer todos en los «agujeros negros», aquellas trampas que dejó el Creador («tú te irás reduciendo más y más, y absorbiendo la luz, atraerás los cuerpos a tu seno de tinieblas abismales, por pecar de soberbia...») cuando hizo la distribución de todo lo que flota en las inmensidades, lo que antes solíamos llamar cielo. Quizá esos hoyos negros no sean otra cosa que los paraísos perdidos y clausurados definitivamente, y puede que se encuentre allí de guardia un arcángel con su espada de fuego, vigilando, Einstein ¿por qué no?, con su blanquísima melena y los ojos tranquilos, los lentes cabalgando bajo sobre su nariz. Ahí tendría que estar, maestro, diciendo sus oraciones, o sus ora-ecuaciones, que nos revolvieron el tiempo, expiando su audacia. De pie para siempre, junto a los hoyos negros, acusado de

despertar la dormida serpiente atómica, y de querer enmendarle la plana al Creador. O quizá esté allí por voluntad propia, para advertirnos del peligro de esas caídas. Castigo ¿no le parece? por tratar de resolver los misterios de la Vía Láctea en lugar de preocuparnos por los diarios descalabros que ocurren en la tierra. Usted sabe de qué le estoy hablando, maestro. Si es que anda por los «confines» allá donde sólo crece la papa negra, si lo cruzó ya el barquero de los muertos en su balsa (no sé si sus campesinos tienen mitos similares a los de nuestros mapuches), si anda ya por los confines, decía, podrá darnos algunas luces al respecto. Contarnos qué ocurrirá en un futuro próximo, cómo será ese progreso, que hasta ahora parece traducirse en más y más catástrofes. Aunque si hemos de creerle a mi madre, entendida en los asuntos del más allá y experta en charlar con los difuntos, nunca obtuvo de ellos una respuesta satisfactoria, o al menos, coherente. Los disculpaba por su cariño hacia las criaturas invisibles, explicando que el lenguaje de los seres vivos era «sumamente» limitado, que no había léxicos adecuados para disertar sobre el más allá. Y yo pienso que con o sin lenguaje especializado, es probable que al cruzar los umbrales no seamos capaces de explicar nada. «Para qué atormentarse –decía mi madre–. Hay que confiar en aquello que no se conoce.» «Porque en lo que conocemos ¡menos puede uno confiar!», se quejaba mi padre con su incurable pesimismo.

Quizá los días que viví junto a usted no hayan sido otra cosa que un sueño provocado por mi continuo deslumbramiento. Algo como una vivencia paralela a la realidad. Sea como sea, mientras los astronautas, borrachos de inmensidad, se preparaban para aterrizar en la Luna ignorando las calamidades de nuestro Tercer Mundo, usted y yo comprobábamos que en una pequeña Isla aún era posible **COMERSE EL PAN CON ALEGRÍA**, como dicen los poetas. Sin la miseria, sin la mentira, sin que vengan con las armas a volvernos la historia del revés, a aturdirnos con el espanto, a cambiar el sentido de la palabra justicia... En fin, dejemos el presente y volvamos allá, a la tibieza de las calles habaneras, al mar rezongando por las noches y salpicando los muelles con su espuma de sal. Escuchémoslo desde nuestra mansión en altura, el cuarto con su luz velada y usted explicándome las alternativas de la revolución agitando sus manos voladoras, o disculpándose por el abandono de la noche anterior (que se presentaba tan llena de promesas) cuando me dejó por esa periodista norteamericana que se ofreció, igual que Lisa la incumplidora, para traducir sus poemas. Esa que –dijo usted– era bella de noche y no valía gran cosa de día.

-Pero, maestra, ¿cómo podría traicionarla si usted y yo somos la misma cosa!

SOMOS LA MISMA COSA.

Me detengo en estas frases tuyas que son como los peldaños de mi escalera al cielo, y en estas frases me afirmo, maestro, para hablar aquí con sus poemas, para inventar recuerdos, para disponer, en suma, de su persona, como si aquello de somos la misma cosa fuera más que un mero cumplido, que una débil excusa por no llegar a una cita. Lo tomo, maestro, como una verdad rotunda. Y así ha de ser porque está usted girando en el eje de mis nostalgias, asegurándome que la muerte no es más que una ausencia que se prolonga. Gira, gira y se detiene. Su imagen se agranda. Lo veo ahora, quieto, junto a mí. Le estoy tocando las manos y diciéndole que son suavísimas por dentro. Usted sonríe con algo de vanidad. Era el tiempo en que sus muchachas enamoradas le «retrocedían la muerte». Eran los días alegres, los días apacibles que nos invitaban a meditar sobre los problemas de la construcción del socialismo. El tiempo de poner los puntos sobre las «íes», de fijar la teoría del foco, de calibrar la guerrilla urbana. De debatir, en suma, los grandes temas y, sobre todo, de asumir nuestras responsabilidades.

Y todo parecía natural y simple. Natural y simple como arrimarse a usted y mirar el mundo por sus ojos. Como acompañarlo en uno de esos viajes de ida y regreso al infinito. O como esa frase tuya: «Amo los días de hoy sin inconveniente.»

-Eso es de una carta desde la cárcel -se burla usted- y sigue así: «No se preocupen demasiado por

mí, estoy bien, todo lo que se pueda estar. Sobre todo del ánimo.»

—Me tendrá que perdonar, maestro, por usar sus frases fuera del contexto, porque son ellas mis cábalas, las llaves que me abren su recuerdo.

Usted aprueba. Ya no puede negarme nada.

Es que quedó tan perfectamente anclado a mis circunstancias que, aún en su fingida ausencia, puedo exclamar que AMO LOS DÍAS DE HOY SIN INCONVENIENTE. Y me voy llenando de rumor de palmeras, de sol ardiente en los cañaverales y de ese latido de la Isla construyendo, con fe, construyendo... Tanto así que llegué a creer, en algún momento, que nos habían asignado la hermosa tarea de rescatar la luz. Para cuando la noche. Para cuando los años duros... para cuando la muerte. Así es que, déjeme regresar a la Isla. No va a ser tarea fácil. Entra uno por los espejos con mucho desparpajo, sin pensar que ha de atravesarlos luego en sentido inverso. Además, nos sacaron tan bruscamente por los aires, tomando rutas que no correspondían, cambiándonos de hemisferio y de estaciones, robándonos y devolviéndonos unas cuantas horas durante el viaje, hasta que perdimos todo sentido de orientación y de ubicuidad. Nos volvieron el tiempo del revés, tanto que aquel paréntesis de la Isla, de lo recién vivido, fue adquiriendo la consistencia inasible de los milagros. Debió estallar durante el vuelo el caleidoscopio en el que traía aprisionados mis recuerdos, porque al hacer recuento e inventario, sólo hallé un desparramo de vidrios de colores. Tuve que armar con paciencia el despanzurrado caleidoscopio y disipar las brumas hasta reintegrarme al presente de una tarde precisa, vísperas de mi vuelo. Esa tarde, maestro, en que el pueblo salió a las calles con sus bande-

ras, honrando a sus héroes de marzo. Por ahí andaba yo, sin usted.

A duras penas me abría paso en aquel mar humano siguiendo la silueta de Carlos María, ¿recuerda su jockey, su impermeable gris, sus ojos tranquilos detrás de los lentes y sus aparatos fotográficos colgándole del hombre como un deber revolucionario?

Reinaba en las calles la alegría que se respira cuando un pueblo entero se ha puesto de acuerdo. La Universidad, con sus escalinatas repletas de gente, crecía como un monumento vivo a esos mártires de la tiranía batistiana, los estudiantes asesinados en la vereda. Y en lo alto de la escalinata, Fidel, imperturbable, enmendando rumbos o señalando el camino. Sonriente, cotidiano, como si estuviera en una de esas charlas de sobremesa, sin otro pedestal que el de su persona.

Me esforzaba por fijar aquellas imágenes en la retina, y en la memoria, esa fecunda cosecha que era el fervor y el entusiasmo de un pueblo, su aire de fiesta (porque era verdad que podían «comer su pan con alegría»). Hubiera querido conservarlo como un trofeo, llevarlo conmigo como un talismán para protegerme. Sentía mucho que no anduviera usted conmigo para decir las palabras justas. Me hubiera convencido de que aquello era real y posible, que no se trataba de una utopía. O de una visión subjetiva. «Si allá lo lograron ¿por qué no en otras latitudes, la suya, maestra, por ejemplo?» (Sé que debió pensarlo cuando me cayó por estas tierras, poco antes que el tierno brote de socialismo fuera ahogado en sangre... Y aún ahora me diría ¿por qué no? que es importante saber, y con certeza, que eso que tanto anhelamos ES POSIBLE.)

Ya podíamos percibir entonces sus «galopes andinos». Su pequeño país se movía en las sombras tratando de sacudir el yugo, tratando de renacer luego de un pasado tan doloroso –los treinta mil campesinos masacrados por el General Martínez–, Nicaragua alzaba las banderas de Sandino y todo el Caribe se agitaba con cautela para no alertar antes de tiempo a sus peles dorados. Y usted, clavando banderines de alfiler en los mapas en el cuarto de Carlos María, discutiendo hasta el amanecer sobre las posibilidades de guerrilla en tal o cual país, o con Carlitos de los Tupas y su compañera, esa mujer tan linda que cantaba con toda el alma «¡A desalambrar...!»

Maestro ¿dónde andaba esa tarde de marzo?

Nos habíamos dicho adiós en mi cuarto del hotel pocos días antes y ya no esperaba volverlo a ver. Seguramente cumplía tareas de urgencia, redactando de prisa una crónica sobre aquella celebración. O estaba echando cálculos con su amigo, el comandante guatemalteco –el que se reponía de las torturas–, sobre cuánto más tendrían que seguir llorando muertos, recordando la muchacha hermosa enterrada hasta el cuello con el rostro untado de miel para que se lo devoraran las hormigas, y esos jóvenes que lanzaron desde los helicópteros en el cráter del volcán, ¡de prisa, antes que lleguen los de la Comisión de los Derechos Humanos...!

–Ay, maestra –se duele usted–, ¡cómo es posible que sigan matando a mis hermanos!

Yo sin usted, le decía, por esas calles en el mes de Marzo, el pueblo y sus banderas. Me extrañó no reconocerlas, ya que debieron ser las mismas que recorrimos la noche del día de nuestro encuentro (encuentro con palmeras y cielo rosa, el de la Finca Experimental, cuando me sedujo usted, mirándome por el

ventanuco de la cocina, y luego en el pasillo de puertas azules como alas de mariposa... lo menciono, en el paréntesis, maestro, a manera de cábala para retener su presencia). La noche, le recordaba, en que recorrí esas calles por vez primera. Cuando mis preguntas brotaban curiosas y sus respuestas me sumían en la perplejidad. Tomándome por los hombros me hizo detenerme ante un gran letrero luminoso que se encendía y se apagaba anunciando con enormes letras ¡LOS DIEZ MILLONES VAN! Y yo preguntándole si se trataba de la lotería o algo así.

—No, boba: la zafra.

Perdone mi candor, pero ¿cómo podía imaginar que allá podían disponer de toda una esquina y de tantísimas luces para arremeter por los senderos del socialismo? (No me deje disgregarme, maestro, me puedo extraviar, esto es, salirme de la Isla y perder su presencia definitivamente...) Dígame, más bien, que las cosas son de quién más las ama, y que con mayor razón los países y, of course, los poetas. Présteme uno de esos «oh, amor mío» que le dan un toque de cálida elegancia a sus escritos.

Un «oh, amor mío», para suspirar la tristeza de no tenerlo ya conmigo. Para releer las cartas nostálgicas —esas de no enviar— que le escribí al volver de la Isla y que ahora encuentro entre las páginas de su libro. Un oh-amor-mío para recordar las dulzuras de aquel mes de enero: «Hubo un mes de enero», escribió Efraím Huerta. (Y abro un paréntesis para decirle que cuando leí el nombre de ese poema en una revista que me llegó poco después, tuve un sobresalto, porque supe que en él estaba ese fragmento de tiempo que, de algún modo, nos pertenecía. Efraím entraba y salía de los lugares donde nos festejaban y nunca dejaba de acercarse para decirme algo hermoso al oído.

Y en su poema, habla de «los madrigales que me regalaba...» Ya supondrá que al leer mi nombre casi estallo de vanidad ¡con la admiración que le tenía! Usted, maestro, ¿conoció un poeta más tierno, más delicado que ese querido Efraím Huerta?) Y volvamos a lo de suspirar tristezas. Por ejemplo, la de estar ausente de esas calles que usted seguiría recorriendo sin mí. Podía imaginarlo, indeciso en el umbral de su casa, a punto de salir sin rumbo fijo, o recordando de pronto un compromiso, una de esas recepciones de rusos o de checos, donde se bebe el buen ron de la Isla. A propósito ¡qué bueno era su-ron-conmigo! El que bebíamos de esas botellas biberón que dejaban sobre la mesilla de noche los ángeles con diferentes siglas que nos cuidaban (que nos vigilaban dicen los mal intencionados). O bien lo veo tecleando en su máquina de letras indescifrables, produciendo en cualquier género literario o contestando cartas, esas que le llegaban del extranjero y que llevaba siempre consigo, como un nexo con el resto del mundo.

Su imagen se materializa del todo y sube donde Carlitos de los Tupa, donde se enreda en una charla, luego del «te acepto nada más un whisky, tengo que trabajar esta madrugada, bueno que sean dos...» Y ahí se queda, discutiendo la fuerza de un régimen gorila, o sobre la pasividad, de este u otro partido comunista, los que solía clasificar de comunista de izquierda, comunista de centro o comunista de derecha. O bien se quedaba allí, melancólico, recordando a un querido amigo que se lo mataron en la guerrilla antes que pudiera explicarle las ventajas y los peligros de la teoría del foco. Ay, usted perdone, pero acaba de detenerse en esa esquina en la que convergen dos calles con nombres de letra, ahí mismo donde una noche le pregunté si me amaba.

-Sí, hombre.

-¿No le parece poco serio eso de «sí, hombre»?

-Si no la quisiera tanto, no le contaría mis cosas más íntimas ni me quedaría esas largas horas en su compañía -dijo usted.

Ahí va caminando, un poco en diagonal, como esos veleros que cruzan los vientos del Estrecho de Magallanes (de veras que su silueta fina, algo inclinada los remeda...). Se desplaza con su andar sesgado, ya no sé si antes, o ahora en el recuerdo, con los libros apretados bajo el ala, el mechón lacio sobre la frente, los ojos perdidos en un punto lejano, meditando a fondo sobre la existencia, burlándose un poco de todo «aunque con mucha seriedad» (acota usted), dispuesto a defender si es necesario, desde las mismísimas filas de la revolución, amén, todas sus posibilidades de pasión, etc.etc. Y preguntándose si no es saludable permitirse de vez en cuando unas pequeñas vacaciones, enamorando jovencitas o participando en esos jolgorios de poetas, bebiendo hasta el blanco en la memoria, porque «Coño, la vida es corta y en una de esas te meten una bala en el... (va a decir culo, pero se corrige)... en el pecho y ¡adiós, mamacita!» Porque -¿es usted el que está cavilando en mi memoria?- es aquella una alegría necesaria para hacer más livianas las tareas, y para alejarnos de esa mística un tanto lúgubre de pura prédica y renunciamientos. «Seriedad -diría usted- y muy seria, maestra, aunque allá en la Isla le pongan ritmo de cumbia. ¿No estaba usted conmigo cuando bailaron la Internacional al son de una rumba?» Y recuerde los soldaditos disimulados en los matorrales, cerca del hotel, frente a la playa, cuidando los cañones que apuntan hacia Miami, los que golpeaban tambores por las noches para pasar el

tiempo, que me hacían pensar en esas películas con tam-tam de zulúes.

Se ha detenido bajo un farol. ¿Qué piensa? Duda, quizá, de si esto está mal, o bien, si aquello no tanto, si es mejor predicar con el ejemplo y privarse de cosas agradabilísimas (sus muchachas enamoradas) o si conviene que las duras tareas y la moral rígida se den «revueltitas» (dicho de mis campesinos del Cono Sur) con un poco de frivolidad. Y de pronto le entra una duda. Se ha sentado en el bar y le confiesa a un amigo, entre dos tragos de ron con hielo: «Hermano, siento un súbito temor, y es que las circunstancias terminen por convertirlo a uno en jijoeputa...»

¿Recuerda el banquete en su honor cuando el premio de poesía? Mesas largas, manteles de hilo, copas finas, servicio de porcelana (de los magnates huidos) y usted ausente, los ojos vueltos hacia dentro, como si estuviera sumido en profunda meditación, el rostro inclinado, el vaso de «mojito» con el hielo y la ramita verde, alza una mano... (¡tan de veras que lo vi de pronto!). Los comensales, que lo quieren y lo admiran, aguardan sus palabras de agradecimiento. Usted se levanta y en actitud de orador, dice: «Y bien, si antes tuve el oficio de payaso, ahora quieren asignarme el de prostituta...» Y se dejó caer en la silla entre las risas y los aplausos, satisfecho de haberse sacado con tan poco el discurso de encima. La verdad es que a las personas como a usted, maestro, no le sientan los homenajes públicos. Parece que siempre les quedan algo sueltos los pantalones, o les falta un botón bien visible en la camisa.

-Si llegas a la Isla, mi'hegmana, es porque SABES CON CERTEZA CUÁLES SON TUS ESPERANZAS.

El mar estaba intensamente azul en la playa de Jibacoa. Aunque no tanto: tendida sobre la arena podía distinguir las franjas azul añil, azul acerado, gris, verde-pantano, azul profundo, franjas que provocaban, bajo el agua, bancos de madréporas, restos de no sé qué o algún tipo de estructuras marinas. El cielo estaba pálido ya de tanto sol ardiente, y moteado sobre mi cabeza de puntitos negros, las auras volando en círculo por sobre las copas de las palmeras, las alas encogidas como garras, el ojo atento para caer en picada cuando algo se pudría abajo. (Para Bebo, el discutido, la máxima señal de pureza era tener el corazón en el pico de un aura.)

Y usted aún no estaba. Como si no existiera.

Escuchaba la respiración acompasada del mar, ese mar del trópico, consistente, que nos mece en su cuna de tibiezas, haciéndonos descubrir insospechados goces. Caminé descalza por la arena húmeda, respirando a conciencia la pureza del aire marino, escuchando ese canto que alegra el alma, lo que me dijeron al aterrizar, un mulato, una son-

risa, en el aeropuerto: «Si estás aquí, mi hermana, es porque sabes con certeza cuáles son tus esperanzas.»

La playa de Jibacoa, maestro, cuando usted no era más que un nombre que recordaba haber visto impreso en las revistas. Cuando no conocía esas líneas de su poema: «Y tu respiración y mi respiración eran dos ríos vecinos / y tu piel y mi piel dos territorios sin frontera...»

Al día siguiente del paseo a Jibacoa, en vísperas de la recepción oficial, nos presentaron en un pasillo de Casa. Debí verlo luego en la recepción, pero no lo recuerdo, cuando Haydé, dando la bienvenida, dijo que podíamos recorrer la Isla, hablar con quien quisiéramos, que a ella eso no le preocupaba «porque la revolución no estaba prendida con alfileres, sino en hombres como Martí, el Che, Fidel, Camilo, y todo un pueblo. Y en gestas como la del Moncada, de Playa Girón, de Bahía Cochinos».

—Encontrarán bueno y malo —concluyó. Y fijando la vista en un punto lejano, como buscando un consejo, agregó—: Si sólo desean encontrar lo bueno, entonces ¡busquen a Dios!

Tampoco recuerdo su esmirriada figura (al decir de sus entrevistadores), cuando íbamos en el bus que nos llevó a la Granja Experimental. Se trataba, opinó el español del entusiasmo contagioso, de brindarnos un día de solaz antes de iniciar las duras jornadas de lectura forzosa. Su estampa, maestro, aún no impresionaba mi retina, pero lo imagino ahora, paseando por el parque de la Granja, el vaso de mojito en una mano, la otra agitando el aire mientras habla de poesía, discute de política, o contando un chiste sin que cambie la expresión de sus ojos, la misma que le

aflora al dar los buenos días o al confesar: «Por supuesto que yo también estoy enamorado de usted.» Es que realmente su figura podría pasar inadvertida ¿no le parece?

Y si no lo vi en el bus, camino de la Granja, es porque venía fascinada con el desfile de palmeras. Las había altas, esbeltas, pequeñas y retacas, panzudas, bien peinadas y chasconas, todas con nombres bellísimos que siempre aprendo y luego olvido. O porque estaba abstraída en la charla con el querido Alejo, el del real maravilloso, sobre la cosificación en literatura: «¡Qué encantadora es Nathalie Sarraute! Pero la cosificación parece ser sólo para los franceses.»

Y en el parque de la Granja, sólo recuerdo los jagüeyes y los viejos ceibos, sus troncos de piel de paquidermo, y tanta hoja carnosita imitando la fruta, hojas verde-agua, verde-sombrío, enormes, moteadas de rojo y amarillo. Y aquella invasión de rosadales como llegados por error al trópico, ciñendo los troncos de las palmeras. Y, en fin, esa profusión de lianas enlazando los árboles y de raíces reptando por el césped. Luego me enamoré de una casona colonial con sus ventanas sin vidrios y esas rejas del mediopunto habanero, las que había aprendido la víspera en Bellas Artes, mirando las telas de Amelia Pelaes. Y allí, echados entre las matas, «casually», tres muchachos en jeans cantando y pulsando con maestría la guitarra. Los felicité calurosamente y les pedí que cantaran mis canciones favoritas, creyendo descubrir, ingenua de mí, a los ya famosos Silvio, Pablito, Nicola... ¿Qué quiere, maestro? Allá todo marcha tan de prisa y nadie me lo advirtió.

Bajo un ceibo estrangulado de malanga, crepitaba el puerco extendido como un delicioso tapete, salpicando sus jugos y derramando su exquisito aroma por

el parque. Los invitados hicieron cola, escudilla en mano. Los invitados, maestro, esa raza inventada por la Isla, los que pronto el ron dividiría en dos bandos: los primerizos, con su sacrosanto oficio de predicadores deslumbrados y los otros, veteranos ya de convites, charlando con soltura y dejando caer una que otra irreverencia, acostumbrados a barajar la revolución con el ron y el son.

Hasta que el atardecer (ya le he estado comentando de esa tarde rosa en la Granja) vino a hermanarlos en la «simbiosis del hombre con el paisaje», de la que nos hablaba Lezama Lima. ¿O era la simbiosis del hombre con sus circunstancias? La que había hecho posible, decía, la revolución.

Luego los invitados fueron entrando a la casona por unos pasillos de ensueño: puertas azules con forma de alas de mariposa que se abrían a media altura sobre las baldosas ajedrezadas. En la sala amplia y fresca cada cual escogió su mecedora, mecedoras blancas de madera y junco. Subió en volutas el humo de los habanos. La tarde se tiñó de púrpura en los ventanales y por un instante, nos pareció que reinaba un silencio de palmeras. Hayde le pidió a Pablito que cantara el «Ho-Ho-Hochimín»... ¿No fue entonces cuando lo divisé a usted, puro perfil, enmarcado en el ventanuco que daba a la cocina?

Pronto el bullicio del ron bebido atrajo a los invitados hacia el pasillo, el de las puertas azules. Pude verlo entre un animado grupo que celebraba sus genialidades, las que dice usted cuando ejerce su «oficio de payaso». Sentí su mirada, ojos serenos pero cargados de intención. Tenían el brillo y el aire de andar soñando que deja el ron. Hasta que esa mirada fija empezó a inquietarme. Diría que me provocó una leve comezón, un ardor en la piel antes de filtrarse poros

adentro. En fin, diría cualquier cosa, maestro, pero la verdad es que supe, y con certeza, que respondería «sí, afirmativo», de proponerme usted lo que fuera. ¿Era costumbre suya hipnotizar así a sus víctimas? Para disimular la turbación le pedí a Pablito que me cantara al oído una de mis canciones favoritas: «se equivocó la paloma, se equivocaba...» con la que, usted sabe, me identifico. Y usted le pidió prestada la guitarra y ensayó unos acordes, sin dejar de mirarme. Anunció una «cueca de Shakespeare» que le habían enseñado en mi país, y que decía más o menos así: «Yo te tuve, yo te tuve, me tuviste y te tuví, to be or not to be...» Y entre las risas que celebraban su ingenio, usted muy serio me enviaba sus mensajes. Dejó la guitarra, le pidió un tango a Pablito y me enlazó para hacerme ejecutar unos ridículos pasitos. Ya a esas alturas sus ojos se habían posado sobre los míos con algo de parasiempre y notemeescapas.

Por eso no me sorprendió que subiera conmigo al bus y me siguiera hasta mi asiento. Se instaló junto a mí y preguntó con su voz más gentil:

—¿Qué le parece, maestra, si nos vemos más seguido?

Y así empezó nuestra historia. Porque supe en el acto que se trataba de una declaración de amor, y de una vez nos bautizamos: maestra y maestro. Como quien dice, boda y bautismo.

Las palmeras desfilaron en sentido contrario recortando sus siluetas contra la noche del camino. Los intelectuales debatieron una vez más los grandes temas, y el español se desplazaba con su leve cojera por el pasillo, animando al pasaje a cantar las canciones de su guerra civil.

—Sé que escribe, pero ¿en cuál género? —le pregunté.

Usted sonrió, respiró hondo y me miró con cara de «aquí te atrapo».

–Pues... adivine. Y vamos a hacer una apuesta. –Con un rápido accionar y desviando la mirada propuso–: Podemos apostar «eso». –Luego se corrigió–: No. «Eso» lo podemos hacer de todas maneras. Y después, es muy agradable escuchar, tendidos, Carmina Burana. ¿Le gusta Carmina Burana, maestra?

Repuse que sí a lo último, responsabilizándome por el resto.

Quedó sellado el pacto. Así de simple. Natural y simple era entenderse con usted. Mientras los invitados eufóricos coreaban las canciones de la guerra civil española, nuestros dedos entrelazados descubrían texturas, y nuestras palmas intercambiaban temperaturas. Algo circulaba de su mano a la mía, de mi mano a la suya, estableciendo los vasos comunicantes, preguntando y respondiendo en su peculiar lenguaje sobre aquello que, inevitablemente, iba a ocurrir. (Sólo ahora en mis añoranzas me vuelvo lírica, maestro. Entonces nada más disfrutaba de su acogedora compañía, con esa vaga conciencia de hallarme en el umbral de ser feliz...) Venía usted vuelto hacia el asiento de atrás, discutiendo con Viñas y su compañera algo relativo a las publicaciones, cuidando de enlazarme y de cubrir nuestras manos unidas con su chamarra. Los intelectuales se sosegaron, el bus avanzaba en la noche clara. Su brazo sobre mi hombro. No había nada más que decir. Todo pudo terminar allí, al detenerse el bus. Y de veras me hubiera quedado algo así, como una leve insatisfacción, nada doloroso. Pero no terminó. En el peldaño de bajar, cuando se detuvo el bus frente al hotel, dijo, como si contara de antemano con mi aprobación:

—Me quedo a cenar con usted. La espero en el comedor.

Mientras lo buscaba con la vista entre las mesas, mientras bendecía mi suerte por haberlo encontrado, porque me había estado mirando fijo, porque tenía usted las manos suaves y tibias por dentro, observaba de reojo a los invitados. Entre el chocar de cubiertos y los brindis charlaban con entusiasmo. Lo divisé por fin conversando con el periodista uruguayo de nombre angélico, viejo conocido de todos, y amigo de todo el mundo. Sin dejar de hablar me invitó con señas a sentarme, y ahí me quedé, «a su acogedora sombra» (mi entrega, consciente o no, era total). Escuchándolos, veía desfilar en mi imaginación a los poetas del continente que escribían en la Revista de Casa. Los que se dedican poemas, se mandan «flores», entablan polémicas, saludándose unos a otros en la distancia, por encima de los rusos o por debajo de los yanquis, tendiendo una sólida red geográfica (en defensa del tierno brote que tanto aman: la primera República Socialista de América Latina...) A la hora del café, nuestro Ángel se alejó, solicitado a gritos desde las otras mesas. Ya empezaban a estrecharse las manos, a abrazarse efusivamente en los québuenoqueteen-cuentro, y cómo están por allí las cosas.

Entonces usted, con voz queda, me dijo:

—Me quiero quedar contigo esta noche.

—Bien.

Mi «bien» cayó impúdico sobre el mantel. Sin vacilaciones perceptibles. Ni siquiera por la coquetería femenina de hacerse de rogar, por la imagen. Cuando se acercó el amigo colombiano, el que golpeaba las mesas entonando «a la mina no voy, aunque se enoje el patrón», diciendo que se sentía solo, que si conocíamos una muchacha que lo quisiera acompañar, usted

dejó que la conversación languidciera, hasta que él se disculpó y fue a pedir ayuda a otras mesas. Me miró como para asegurarse que todo seguía en orden y me invitó a un bar, de los pocos que quedaban abiertos –me explicó–, por la necesaria sobriedad que requería «la construcción del socialismo». Maestro ¿no le parece que he escrito demasiadas veces «socialismo»?

–Boba –me reconviene usted desde algún lugar–, escríbalo cuantas veces se le antoje, y hasta con letras mayúsculas. Caray, si eso la condena, pues ya está requetec condenada. ¡Qué absurdos pudores! –Y luego me recuerda–: Estábamos en que yo la invitaba a un bar.

Saliendo del hotel nos encontramos con Carlitos de los Tupas. Nos presentó y acto seguido le pidió diez pesos prestados.

–Para invitarla al bar –me acota.

La tibieza nocturna nos rozó la piel (siempre era verano en la Isla). Déjeme que respire profundo antes de continuar... Echemos a andar por esas calles de mis nostalgias. Empecemos ya de una vez nuestra peregrinación al templo de la felicidad transitoria. Se detiene usted ante una pequeña puerta iluminada. Hay un farol de fierro labrado, entre unas matas de malanga de hojas enormes. Me empujó suavemente hacia el círculo que la mata dejaba en sombras. «¿Sabes dónde te llevo?» «Sí, al trópico.» Y me besó. Sí, en los labios. No, ahora nada más recuerdo el lustre de las hojas de malanga y los arabescos de fierro del farol. Un beso, una etapa más en la acelerada peregrinación. (Y le doy estos detalles, maestro, porque son ellos los banderines de alfiler que clavo en mis mapas, marcando recorridos, fijando nuestras huellas, «para siempre», of course.)

En el bar tomó un número para hacer la fila del pedido. Estaba lleno aquello, ahumado, no muy bullucioso. Pagó con los diez pesos de Carlitos y me llevó hacia un vetusto sofá de cuero, crines al aire (restos de esos lujos batistianos, supongo). Y ahí nos quedamos, quietos, esperando los vasos. Ojos en los ojos, (recuerdo una expresión de tristeza que más bien tenía que ver con su deseo de llegar pronto a un lugar donde pudiéramos abrazarnos sin testigos). Lo veo a usted mirándome, engañosamente enamorado, como un clisé de los amantes, mudos, manos asidas, llenos de no sé qué, algo que ha de ser inflamable, en todo caso.

–Llévame a tu hotel –logró decir usted, a pesar de la densa nube que nos envolvía.

Y partimos, sin aguardar los tragos, de vuelta por esas calles, sin hablar esta vez. El compañero del ascensor nos dejó subir con una mirada cómplice, ignorando el cartelito «prohibido llevar extraños a las habitaciones».

Lo que sigue, maestro, usted lo contaría mil veces mejor que yo. Si no me cree, estampo aquí sus frases, las que tomé de su artículo «Conferencia de Prensa». Frases dichas fuera de aliento, sin puntuación y con una inconfundible voz de alcoba. Empieza con esos «oh, amor mío», y algunos comentarios sobre su resfrío (allá lo llaman catarro) «que empeora velozmente, pero también insinúa un cierto estado placentero, con su fiebre medida... a lonely impulse of delight». Y exclama: «Realizar el gran acto estético, siempre te deja entre las manos el olor a tierra fresca, a la grama macerada, a la saliva del venado que voló entre los que tendíamos reddecillas para cazar mariposas... los ojos magníficos (que te miran) en la primera mañana del mundo.»

Y me dirá, entonces, con «voz oscura, esas ternizas que no caben en ninguna parte». Luego, tomando conciencia de su cuerpo, dice en frases escritas entre guiones, esto es, con voz entrecortada: «Oh tú, desnudo –caes– muerdes –tienes los dos animales redondos de sus pechos entre las manos– has besado su boca llena de saliva dulce... Tu peso ha hundido el barco en el cielo –tu boca ha encontrado lo que perdió en el tumulto de los años... Oyes gemir– y sientes el placer que siente Dios cuando maneja el hilo de la tormenta. Esencias opalescentes, olor a bestia preciosa, vino imprevisible: ¡TU PARTE, EN LA DONACIÓN DEL MUNDO!» El «ángel blanco» viene caminando –dice, exhausto– «¡del impacto de su sombra generatriz... para caer bajo sus alas desatadas!»

–Caer bajo sus alas desatadas –repite usted, porque ahora está conmigo «en el regazo de la primera mañana del mundo».

Lo ha dicho como quien reza, como un cántico necesario para asumir su acto amoroso. Para estar seguro que emprendimos ese viaje sin partida ni retorno.

–Gracias maestro, por dejarme robar sus divagaciones.

–No joda –murmura, con la misma voz del amor–, robe todo lo que quiera. Porque, ultimadamente ¿qué es un escritor? Un tipo que hace diccionarios incompletos, que hurta los significados de las palabras. Un ladrón, en suma.

Luego, con extrañeza, interroga:

–¿Es todo lo que recuerda, maestra, de aquella primera noche?

–Conservo también algunos recuerdos tangenciales: los golpes del mar en el malecón, el asunto del teléfono, en la mesilla de noche, que hablaba incohe-

rencias sin que levantáramos el auricular. Y los gritos desaforados de la pareja en luna de miel en la habitación de al lado «que me muero, que me muero, es que me voy a morir...» y el escándalo de los mozos que acudieron a ofrecer ayuda, y el silencio y luego las risas ahogadas que recibieron por respuesta. Bueno, supongo que siempre hay un anverso y un reverso de las cosas.

—¿Nada más recuerda?

—Es que al releer su Conferencia de Prensa, sólo puedo acordarme... que hundimos un barco en el cielo, al recibir nuestra parte de donación del mundo, y también que me recitó usted uno de sus poemas premiados ¿lo recuerda? «Revisionismo: No siempre/ porque, / por ejemplo, / en Macao, / el opio / es el opio del pueblo.»

Desperté a eso de las once y usted no estaba. Y fue como perderlo del todo: había olvidado las preguntas de rigor, nacionalidad, estado civil, teléfono, fecha de nacimiento, domicilio conocido. Y lo perdía en circunstancias que, durante la noche, había dejado caer al pie del lecho junto con las ropas, mi último gran amor, sin entender la temeridad de mi gesto. (Le empecé a escribir de prisa unas cartas culpables, rogándole que en cuanto regresara me hiciera el favor de llamarme tres veces por el nombre, a ver si de ese modo me rescataba de mis espejismos. Pero, aunque no venga al caso decirlo, le cuento que mi ruego fue en vano. Igual me abandonó, quizá porque al mirarme a los ojos, lo vio a usted. Y conste que no lo digo como un reproche, sino como una simple anécdota. Es que a su lado maestro, yo era feliz. Lo que se dice —en serio o en broma— SER FELIZ.)

—«Depositás tu corazón, tu mejor corazón en la noche y la noche eres tú, amor mío...» —me dice usted

con su voz más dulce. Me regala, agradecido, un trozo de poema que escribió para Lisa, o quién sabe para quién. Y entregado ya al delirio, recita: «Y tu respiración y mi respiración eran dos ríos vecinos / Y tu piel y mi piel, dos territorios sin frontera / y yo en ti como la tormenta tocando la raíz de los volcanes / Y tú para mí como el desfiladero llovido / para la luz del amanecer...»

Y yo -ya entrada la noche- rogando que no se fuera nunca.

-¿Wilt thou be gone? It is not yet near day. No es la alondra, es el ruiseñor, believe me, love, it was the nightingale».

¿Y usted, maestro, qué? Me imagino que despertó, entrada la mañana y me miró con desconcierto un par de segundos, hasta que recordó... Carmina Burana, y lo que siguió. («Maestra, cómo piensa esas cosas, nunca estuve tan lúcido... o casi.») Bueno, digamos que me reconoció en seguida. Pero también se acordó del cúmulo de cosas que dejó la víspera sin hacer, y se deslizó del lecho sin hacer ruido, salió del cuarto, se miró al espejo en la sala de baño y se despidió de la noche:

-Adieu, adieu... It was the lark, the herald of the morn...

Un barquito cruzó hacia la Habana del Este.

Y se me perdió, allí mismo, en ese puerto antiguo de alegre porvenir, en esa ciudad de las calles tibias que bajan hacia el mar, con su barrio viejo y su increíble catedral que nos hace retroceder siglos, allí en ese lugar del mundo, donde todo parecía, nevertheless... natural y simple, y usted, maestro, tan al alcance de la mano.

Lo volví a ver por casualidad (o no tanto porque en aquellos días todos nos desplazábamos, como los vientos Aliseos, siempre en la misma dirección), poco después, cuando el concierto tridimensional, la música fluyendo de todas partes, menos del escenario del teatro. Originalidades que Casa le brinda a sus invitados. Allí, empapados literalmente en sonidos, me habló usted con una mirada cómplice y un tono familiar como de haber dormido juntos toda la vida. Me entregó el número de la revista donde habían publicado su artículo «Conferencia de Prensa».

—Se la traje para que la lea. A ver si le caigo esta noche por el hotel.

Estornudó y me dijo que un amigo le acababa de pasar su catarro por teléfono. «¿Así, sin tiempo de incubación, maestro?» Y yo, pobre de mí, incubando-en-Cuba un idilio a finish con usted. Lo que me tenía

con el mar, las palmeras, el Che y la revolución a medio apreciar.

Me dijo, en suma, que a pesar del catarro y algunos compromisos, igual «me caería» por el hotel, a eso de las diez de la noche. Pero, en cuanto leí su Conferencia de Prensa, supe que no era más que una buena intención de su parte. Empezaba a conocer su peculiar estilo, el de barajar los deberes revolucionarios con el amor, la poesía con los estornudos, la firme ideología con esos blancos del ron, y todo, absolutamente todo, con el humor. Especialmente la política, a modo de ejemplo, su poema «O.E.A.» que dice así: «El Presidente de mi país / se llama hoy por hoy, Coronel Fidel Sánchez / Hernández. / Pero el General Somoza, Presidente de Nicaragua, / también es presidente de mi país. / Y el General Stroessner, Presidente del Paraguay, / es también un poquito presidente de mi país, aunque menos / que el Presidente de Honduras, o sea / el General López Arellano, y más que el Presidente de Haití, / Monsieur Duvalier. / Y el presidente de los Estados Unidos es más / presidente de mi país que el Presidente de mi país, / ese que, como dije, hoy por hoy, / se llama Coronel Fidel Sánchez Hernández.»

Empezaba a entender también, su tendencia a practicar, sin proponérselo, lo inesperado, a enamorar muchachas con la mirada fija, y luego de llenarlas de sueños, dejarlas (aunque se quejara usted lo mismo porque ellas lo abandonaban «sin haberle hecho ni tan siquiera las traducciones...») O bien, esa técnica —supongo que no consciente—, para mantener a su amada anhelante con su ausencia, la de «otros deberes que atender». Y reconozco que sabía dosificar sabiamente ausencia y presencia, placer y deber. Así es que, para consolarme de su no venir esa noche a las diez, le escribí una carta como quien dice, de platicar

el amor, la primera de una larga serie. Adoptaba una fingida serenidad para que no se me sintiera culposo... ¿bella palabra, verdad? culposo por su ausencia. «No se preocupe usted, le decía, venga mañana, cuando pueda...» Le escribí entonces sobre lo mucho que me había impresionado su persona, y fundamentaba el por qué. Que admiraba su manera originalísima de ser hombre. ¿Fue esto último lo que hizo derramar unas cuantas lágrimas según me confesó, al leer la carta? Lágrimas de enternecerse por alguien que lo entendía tan bien, tan como usted deseaba que lo comprendieran, o quizá, por usted mismo al verse bellamente retratado por unos ojos amantes. Y alababa su prosa diciéndole que no parecía elaborada, sino que simulaba brotar con pura espontaneidad, y ya sabemos, los que juntamos palabras, que para que una frase resulte alada es menester escribirla al menos diez veces... En fin, maestro, le decía que al leer sus escritos con aquel estilo tan natural y directo, me pareció estar presente en esa extraña Conferencia de Prensa, como un periodista más, que escuché sus inoportunos estornudos y supe de sus arranques amatorios. Y que, por supuesto, cuando llegué a ese final anhelante que ya cité –lo del barco que hunde en el cielo y la carrera forzada del ángel blanco–, fue casi-casi como un acto de amor hablado que me dejó satisfecha. Y no crea que fue sencillo escribir esa larga carta: había conseguido después de muchos ruegos y dilaciones, una máquina más antediluviana que la suya, que pesaba toneladas –ya sabe que me gusta escribir en la cama con la máquina sobre las rodillas, de modo que tuve que optar por la posición flor de loto. Pero eso no era todo, no sólo se atascaban los tipos, no tenía la cinta deshilachada, sino que el papel transparente por las economías del socialismo, se me esca-

paba cada vez que intentaba sacarlo y emprendía el vuelo por el cuarto. («¡Qué quieres, mi hermana, al menos ya dispones de tu máquina y el papel que necesitas...!») Bueno, y así, yendo de una alabanza a un comentario de su escrito, le confesaba que me había hecho usted volver a los diecisiete como dice la canción de nuestra Violeta Parra, que al parecer lo amaba, y que la vida empezaba de nuevo a sorprenderme, que con usted podía uno inaugurarla cada noche. Y que nada más me daba tristeza por la geografía que nos iba a separar, inexorablemente.

Y ahora me duele pensar, maestro, que antes que nos separara la geografía, fue usted a despedirse con su libro tapas magenta, confesando que tenía cita con su bailarina de la piel rugosa (teniendo usted tan suaves las manos por dentro), y también pienso, más dolida aún, que finalmente, en verdad, terminó por separarnos la inexorable geografía: punto probable más cercano del futuro encuentro ¡LAS GALAXIAS!

Un viaje cercano, a Isla de Pinos, y por un tiempo breve, fue en verdad nuestra primera separación. Buen pretexto para continuar con la correspondencia, maestro. Mis cartas que aún conservo, adquirieron legitimidad. (Es que es un vicio, y de no tenerlo a usted, aquí o en las galaxias, escribiría igual cartas a nadie...)

Creo que fue allá, en Isla de Pinos, donde sentí con más fuerza su CLARO GOLPE DE ALMA. Es que en cuanto llegamos nos aturdió el aletazo de trópico. (Estoy glosando a una campesina de Pomaire: «Su hombre murió –dijo, dando un golpe imaginario con la mano rígida, del aletazo de pájaro, que golpea en la nuca– por andar tomando, y con sol alto...»)

Caminábamos por playas interminables, bordeadas de cactus gigantes de brazos retorcidos, duros de intemperie, bajo un sol quemante. Que se volvían fantasmales siluetas, vestales danzantes, en la claridad lunar. El mar, siempre chambré a la temperatura ambiental, descendía en pendiente tan suave, que parecía posible llegar caminando hasta la Península de Yucatán.

Su libro tapas magenta que me había prestado entonces, me mantuvo lúcida en medio de aquel exhibi-

cionismo desatado. Le hablo de una tarde en que llovió a raudales y se mojó el mar: el paisaje naufragó en una tembladera de atmósfera, densa y gris. Se borró el horizonte, se engrifaron los poetas, y yo, maestro, me acordé de mis culpas. De pronto una claridad rasgó los grises y volvió a emerger el paisaje, todo secado al instante, ingenuo y reidor como pintado por un niño. Las palmeras sacudieron su cabellera para esponjarla en la brisa, retornaron los pájaros y las hojas carnosas bebieron de prisa las últimas gotas de lluvia, se apaciguó el mar, se marcó, nítida, la línea del horizonte y la atmósfera se llenó de luz, hasta cegarnos. Se tranquilizaron los poetas y yo, maestro, me acordé de su CLARO GOLPE DE ALMA. Y todo esto, en menos tiempo del que tardo ahora en describirselo.

Por las mañanas recorriamos la playa buscando trofeos marinos, restos de naufragio, objetos escapados de algún galeón sumergido, de los bajeles que partían de Cádiz rumbo al Nuevo Mundo, o de los barcos piratas refugiados en la Isla de Pinos. Y pacientemente íbamos encontrando y recogiendo, trozos de no-sé-qué, producto de misteriosas mutaciones. Observando las nervaduras, el sutil camino de la fibra, puede usted distinguir de un fósil de planta o de concha marina, un fragmento de algún mueble, maderas en la que el serrucho cortó el fluir de las nervaduras. (El hombre, dice usted, es usual, destructor de armonías.) El hombre que, por mucho que se lo proponga, no puede crear tanta belleza y tanta variedad como la pequeña oruga al imaginar las infinitas alas de mariposa.

Eran temas que debatíamos por la mañana a pleno sol con el «Cara de etíope»; ese muchacho delgado y moreno, de cuerpo elástico y piel curtida que

se ocupaba de los grafismos en la Revista. ¿Lo recuerda, verdad? A pesar de su aire marinero, no sabía nadar.

—«Mis padres eran guajiros de los cafetales, nací en la sierra y me crié en la pobreza, sin conocer el mar. Así eran antes las cosas, muchacha...»

Otras veces recorría la playa de punta a cabo charlando con el maravilloso Alejo, comentando los últimos chismes, como ese de las vaquitas, por ejemplo, las que, según decían, se volvían tristes con la inseminación artificial. Según Alejo, esa técnica resultaría fatal al ser aplicada a seres humanos, porque sabía él que las hembras de Francia y del Japón eran las que conservaban por más tiempo su juventud y su aire femenino, y esto gracias a la frecuencia con que eran irrigadas, y más aún, porque les gustaba beber ese precioso líquido «en la fuente».

—Y no me lance esa mirada torva, maestro. Le aseguro que dos personas serias pueden discutir temas escabrosos caminando ligeras de ropa por una playa sin que se produzcan descalabros. Y Alejo, conocedor de tantos secretos, no se pronunció, sin embargo, sobre la tristeza de las vaquitas. Toda la isla —recuérdelo—, en aquel año de los diez millones van, del hombre en la luna y de mi suerte de encontrarlo, andaba a medio erotizar con el plan vaquero y el semen congelado.

Había cierta euforia expectante. Y hasta Fidel, inaugurando establos, disertaba sobre el tema. El «Gramma» mostraba en sus páginas el proceso completo en una secuencia fotográfica: el toro engañado por un maniquí [no de vaca sino de buey, vaya usted a saber por qué], el vaquero estimulando al toro, masajéandolo para decirlo bien, en seguida el toro excitadísimo montando el maniquí. Y por último, el va-

quero retirando con aire triunfal el recipiente instalado en el falso útero bovino. En fin, no estamos seguro del material usado, pero diría que el maniquí era perfecto, de cartón piedra. Una tauromaquia hartó surrealista ¿no le parece?

Y es más, en la página del periódico donde en nuestras latitudes aparecen las fotos de las noviecitas de los sábados, allá veíamos la cabeza y el cuello de un toro soberbio, anillo en la nariz, nombre y apellido completo y reseña sobre la estirpe. Gracias al semen congelado –podía leer usted– ese toro llamado Rosafé Signet, de raza Holstein, sigue procreando después de muerto, vaquitas mestizas de zebú, con la doble ventaja de resistir climas tropicales y ser, como las holandesas, excelentes lecheras.

Y perdone esta disertación al margen, pero en aquellos días no podíamos dejar de alegrarnos con las esperanzas del plan vaquero.

Aunque me extravié en eso de las vaquitas, lo que quería contarle, es que en el paréntesis de la Isla de Pinos, lejos de usted, empecé a aprender su ausencia (tendré que llevarla con elegancia, me decía, cuando sea para siempre), y también descubrí que podía encontrarlo en las páginas de su libro y charlar con usted, recorrer sus itinerarios, conocer sus amigos, sus amores, sorprenderme con nuevos ángulos de su temperamento y apoderarme de sus frases: «Su ser que me crece, su claro golpe de alma...»

Su ser me crecía, su golpe de alma me golpeaba, en la exuberancia de los trópicos. Me crecía como las plantas submarinas, tupidas, enmarañadas, devoradoras, invadiendo mis recintos interiores, enseñoreándose en puntos vitales, como las rodillas, por ejemplo, donde, por ejemplo –oí decir–, radica el miedo a la muerte. O entre los pechos donde anidan

las tristezas, que si no las remueve usted cada mañana con una caricia, puede quedar triste para siempre.

Su libro me echó fuera lo inservible y me llenó algunos vacíos. Me hizo familiarizarme con su pueblo –su pequeño país, el Pulgarcito de América–, con la gente humilde, con sus compañeros de celda. Disfruté de su humor, ese de enternecerla a una hasta con circunstancias que parecen tan ajenas a las ternuras, leyendo ese poema, por ejemplo:

*La noche de mi primera reunión de célula llovía
mi manera de chorrear fue muy aplaudida por cuatro
o cinco personajes del dominio de Goya.*

*Todo el mundo parecía levemente aburrido
tal vez por la persecución y hasta de la tortura
diariamente soñada.*

*Fundadores de Confederaciones y huelgas mostraban
cierta ronquera y dijeron que debía*

escoger un seudónimo

que me iba a tocar pagar cinco pesos al mes

y que cómo me iba en los estudios

y que por hoy íbamos a leer un folleto de Lenin

*y que no era necesario decir a cada momento ca-
marada.*

Cuando salí no llovía más.

Mi madre me regañó por llegar tarde a casa.

O bien con eso de «Lisa, desde que te amo, odio a mi profesor de Derecho Civil». Y pienso que es a mí a quien le habla cuando exclama: «Para cuando la muerte con sus pájaros / de espuma negra brote de mi piel... para cuando yo sea el único que falta / para cerrar la cuenta de los pasos del día / TUS PALABRAS AHOGADAS SEGUIRÁN ANIMANDO / EN TU CUERPO DE PLATA LA COSECHA MADURA: / AL OL-

VIDO, TENACES, DIMOS MUERTE COMPLETA / VIAJEROS DE LA MISMA RELIGIÓN AMOROSA.»

—Esa religión, maestro, o su vivo recuerdo, es lo que logra reanimarme cuando el mundo empieza a dolernos tanto.

Volvamos, entonces, a cualquiera de las circunstancias, de los días o las noches que estuvieron marcados por el-infinito amor.

—AMÉN —murmura usted.

Y le sigo hablando de la isla de Pinos.

Le digo que vimos a las jóvenes esclavas de pelo rubio y ojos claros enseñando el manejo de los tractores que se intercambian por azúcar en el mundo socialista, a los brigadistas, los seguidores de Camilo y del Che.

Ahí andaban plantando cítricos y haciendo grandes fuegos para freír el pescado en los fondos. Comen a pleno campo riendo y charlando antes de retomar el trabajo de cavar la tierra para introducir las «maticas» de naranjos y limoneros.

Y estaba el capitán Mora, un joven serio que conducía a los brigadistas, los muchachos que hacen avanzar la Isla al grito de Patria o Muerte. Y no me burlo, maestro. Aprecio en lo que valen esas invocaciones, llamésmolas rezos marxistas, como aprecio el Dios-quiera, o el Ave María purísima de nuestras abuelas.

El Capitán Mora se presentó una tarde en el Hotel Bucanero, hospedaje de lujo, herencia de los magnates azucareros huidos a Miami. Ahora el cariño es para los invitados. Escuchamos la charla del Capitán Mora ante una mesa larga, con todo lo necesario, pa-

pel y lápiz, café retinto y sendos vasos de agua con hielo. Yo, maestro anoté algo que me pareció esencial: dijo que a los brigadistas debían entregarle LA CONCIENCIA PRIMERO Y LA TÉCNICA DESPUÉS. Tan simple como eso. Porque seguramente el orden de los factores resulta decisivo. Es lo que hace la diferencia entre ellos y nosotros, los del undostresnes-café. En el sacrosanto reino del consumismo, sobra la técnica y la conciencia no aparece por ninguna parte.

Y vimos también las brigadas de artistas –pintores, bailarines, actores–, descargando los cítricos ya crecidos, aliviándolos de su fruto para que su producción sea mayor en unos años más, cuando dispongan de envases para exportar mermelada de naranjas, la del desayuno de los ingleses. Y los mármoles que abundan por esos lados, aguardan con paciencia la construcción de los grandes muelles que permitan embarcarlos. Por ahora los encuentra usted en los bancos de una plaza, o a la vera de los caminos (extraño lujo ¿verdad? en medio de tanta sobriedad). Dígame usted si no resulta tranquilizador –si asumimos, naturalmente, la miseria tercermundista– eso de saber con certeza que aquel simple gesto de tomar de las ramas las naranjas doradas y dejarlas, por ahora, rodar, en los surcos, inservibles, no es una acción valiosa, llena de futuro. Y si me permite la expresión, llena de poesía.

–¿Exagero, maestro?

–No, en absoluto –responde usted–. Entiendo, maestra, que el hecho de ponerse todos de acuerdo para terminar con el hambre injusta, la llene de entusiasmo.

–Y de sentimentalismo. Lo digo porque en estos países nuestros (tercermundistas, como dice usted), hace ya más de cien años que están hablando de erra-

dicar la pobreza. Y ya lo ve, continuamos –como decían en el siglo pasado los socialistas utópicos, cito a uno de ellos, Santiago Arcos, discípulo de Saint Simon, deportado y encarcelado por mencionar la pobreza–, sin esperanzas de erradicarla. Y con una proporción de nueve décimas partes de pobres contra una de ricos, como lo aseguraba entonces, el citado Arcos. En esos años no se barajaban como ahora las estadísticas, ni se discutía en foros y congresos sobre el asunto. Hoy, al menos, el debate se ha hecho público y habitual. Sólo que los pobres siguen cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos. Así es que tiene usted razón, ese ponerse todos de acuerdo para terminar con la miseria, me llena de entusiasmo.

Y ahora le cuento algo entre frívolo y romántico (¿no es lo mismo? ¿es frívolo el romanticismo?). El caso es que con las tibiezas nocturnas y el aire de fiesta, y ese bar abierto desde el mediodía para tentación de los tentados, el mar ofrecido y las sonrisas de «qué bien qu'esté saquímuchacha» y el qué bueno que pude venir, entre todo eso, maestro, conocí el tierno amor de Pepín, el guerrillero-ojos-de-niño.

Bailamos tal cantidad de rumbas esa noche que no nos fue posible apartarnos, como si formáramos ya, para siempre, un solo cuerpo. «El imán del trópico», comenta usted, con aire entendido. Me llevó a una playa moteada de luz y sombra, con la inmensa luna asomada entre las copas de las palmeras. Me susurró al oído palabras temblorosas, mientras una brisa insinuante nos rozaba la piel.

–Los vientos Alíseos –me explicó–, que en tierra son difíciles de reconocer.

–En el mar, sacuden la lona de los barcos y te soplan al oído cantos de sirenas.

–No sólo sacuden la lona –acotó Pepín– sino toda

la arbolaura y pueden estremecer los veleros hasta tumbarlos. Pero también pueden acariciarte, con mucha delicadeza.

-Siempre me interesé en los vientos Alíseos, Pepín.

Asintió en silencio. Y no volvimos a hablarnos por un rato largo.

Maestro ¿recuerda esos galanes del cine mudo que demostraban el deseo (sexual, of course) con un despliegue de mirar fijo y tener la respiración entrecortada? Pues así estaba Pepín cuando empezó a hablar de la luna con frases breves, que más parecían órdenes:

-Hay luna llena.

-Menguante, Pepín.

-Llena, muchacha.

Ay, Pepín, rostro de niño, guerrillero de sonrisa tan dulce ¡con qué gusto te hubiera dado la razón! Pero la luna estaba realmente menguante.

Así es que ahí nos quedamos, quietos, mudos, en la chaiselongue de madera donde apenas cabíamos los dos, enterrándonos sus listones por todo el cuerpo, abrazados, manos en las manos, sin atrevernos a mirarnos de frente. Hasta que Pepín tuvo que aceptar que la luna estaba menguante.

Entonces, triunfante, me alzó en vilo y me llevó hacia la piscina donde estaba la pista de baile, dando voces: «¡Hemos vencido el fuego amoroso...!»

(Es que era contra el reglamento. También usted y yo lo rompimos ¿no?)

No quedaba nadie en la pista de baile, y en la alberca flotaban algunas ropas, esas de tirarse al agua vestido con la euforia y el calor que provocan las cumbias.

-Vencimos, Pepín, ¿en aras de qué?

-Disciplina revolucionaria, muchacha.

Y ahora le pregunto a usted, maestro, qué era aquello que nos guiaba, aun cuando perdíamos la brújula a menudo, y tenía usted esos blancos en la memoria.

-Coño -murmura usted-, la firme ideología.

Y no se burle de mi historia sentimental. Ese tipo de fenómenos suele ocurrir en los trópicos, y a mí me parecen más bien edificantes.

Y fue al regresar de Isla de Pinos cuando conocí el dolor de ausencia (la peor ausencia, maestro, porque andaba usted por ahí, muy cerca, pero no me caía por el hotel). Y ahora, en cambio, en esta larga y fingida ausencia, puedo verlo, «casi», contra la luz mortecina del amanecer, flotando en algún punto equidistante entre mi cama y las estrellas. Veo sus ojos agrandados y melancólicos, como en esa fotografía de la Revista Bohemia en la que se parece al actor Al Paccino... Su mirada profunda me recuerda los ojos de lince que tiene el alma durante el sueño.

-¿Por qué se ha quedado mudo?

Oigo la música de la Bodeguita de Enmedio: «Aprendimos a quererte, comandante, Che Guevara...» La Habana nocturna de Carlos Puebla, «de tu entrañable presencia, che comandante...» El ritmo es suave, envolvente. No. No se me aleje, maestro. Ya sé que usted «amó y fue ganando el silencio». Nevertheless, ¿puedo esperar que al término de esta larga carta se manifieste usted de algún modo? ¡Es que lo siento tan perfectamente incorporado a mi modo de ser! Como si lo llevara bajo la piel.

-¿Antropofagia?

-Antropofagia necesaria, maestro. ¿No le parece

un buen título para uno de sus poemas? Me acuerdo de un relato de Genet, Pompas Fúnebres, mientras él va siguiendo el cortejo de su amigo muerto, está pensando «cómo podría comérselo íntegramente». Y su problema, al parecer, eran las uñas...

—De acuerdo —responde usted, a eso de la antropofagia—. Pero cuídese de no parirme en una de esas. No estoy preparado para el retorno.

—Realmente, tal como está el mundo, no vuelva, maestro, por ahora.

Guardamos silencio. Silencio por los muertos, y por los vivos.

—Vuelva al hotel —me ordena.

Quiere que recuerde aquellos días en que paseaba por avenidas de poetas. Estaban por todas partes, en los cuatro puntos cardinales, como las mulatas de que habla Benedetti en su poema dedicado al Príncipe. Usted me entiende, maestro: hablo del encargado de la poesía. Lo bauticé el Príncipe de los pasillos y escaleras, porque en esos lugares lo encontraba cada día. Luego de iluminar su rostro pálido de ojos sombríos y penetrantes, con una sonrisa, me reconfortaba con alguna galantería. Digo reconfortaba, porque me sentía perdonada de mis culpas. Leves, pero culpas, al fin. («¿De qué culpas me habla, maestra?» «Las de no merecer, por ejemplo, un siete en conducta. Por las infracciones de ciertos reglamentos, como el de no llevar extraños a mi habitación...» «¿Extraños, maestra?») Pero, le hablaba del Príncipe. Me recordaba a Robert de Niro en algún personaje de Fitzgerald ¿a usted no? Pienso en su delgada figura y su andar tan leve, tanto que una vez, cuando me invitó a bailar un vals sobre el césped, me pareció que navegaba. Le decía que las finuras que me solía decir al cruzarnos en los pasillos o las escaleras de Casa, me resultaban per-

donadoras. Sí, por no estar siendo tan revolucionaria como debía. Y esto, por su culpa. Por la red de sueños que me tendió en cuanto desembarqué en esa Granja Experimental, entre los ceibos y las ventanas con rejas del medio punto habanero, una tarde rosa de palmeras, y usted mirándome fijo hasta dejarme indefensa, clavada como mariposa en insectario, sin voluntad para negarle nada. («¿A qué viene esta larga disertación, maestra? ¿Hay acaso arrepentimiento?») «En absoluto.» Son mis frases recurrentes, mis recuerdos recurrentes. Es un truco para enredarlo en mis cábalas y mantenerlo junto a mí, como, otra frase recurrente, como quien jala el hilo del papalote, del volantín, del barrilete, un trocito de papel en el cielo, una carta aérea de vivos colores viajando por nuestros países, y en cada uno de ellos le cambia el nombre. Pero ¿de qué hablábamos?)

–Recordaba usted las avenidas de poetas.

–Y los almuerzos en el hotel.

Era ahí donde los encontrábamos con mayor frecuencia. Los almuerzos, con su entrada de coctail de camarones –deleite suyo, maestro–, el postre de helados y la panera de plata desbordante de «hostias marxistas», esas galletitas insulsas que la envician a una. ¿Se acuerda?

Entra Benedetti con su sonrisa habitual: viene de reinventarse, a partir de cero, con una mulata en cada punto cardinal. Luego se muestra el Príncipe, con su sonrisa acogedora, y va cambiando de mesa cada día, para departir con todos los invitados. Se discutía de literatura, de la libertad de expresión, dentro del marco histórico-político y en el contexto y las circunstancias, of course, del socialismo. De la revolución y la antirrevolución. Un tema obligado era, entonces, el libro de poemas de su amigo Bebo (lo

bautizamos Bebo-el-forbiden), libro premiado y publicado hacía poco, con una nota que admiré mucho, en sus primeras páginas. Nos advertían que, a pesar del premio y publicación, no estaban totalmente de acuerdo con su contenido. A mí, con una visión más folclórica que sería de la revolución cubana, el gesto me pareció de una frescura y de una generosidad increíble. Y nunca pensé que desataría tanta polémica y tantos problemas.

Usted me mira, ceño fruncido, y me dice, citando su reciente entrevista, cuando el Premio de aquel año:

–Para un poeta revolucionario, maestra, no existe disyuntiva o doble condición.

Me enamora su voz velada.

Y me habla de la desgarradura del poeta, que revela –más bien–, un problema ideológico, y que se refiere a la actitud del poeta frente al desarrollo social que está viviendo.

–Y no se me distraiga con «mi voz velada», que esto es muy importante.

–Por supuesto.

–Escuche, maestra: la historia es compleja, contradictoria y dura. No pueden negarse los problemas de integración que nos afectan. Y profundamente. Pero tampoco se puede invocar una división entre revolucionarios que se integran y revolucionarios desgarrados. ¿Me está escuchando?

–Sí, maestro. A pesar de su voz velada.

–No se debe mistificar –afirma usted con un hondo suspiro–, algo que es, fundamentalmente, un problema ideológico.

(¡Cuidado! El peso de sus frases podría ahuyentar su presencia, es tan frágil aún su figura...)

–No quiero que vengan a recoger las velas desplegadas del recuerdo, maestro.

–«Tengo quince años de cansarme y de fingir que vivo» –me recita usted con una voz que pretende ser indiferente. Piensa y añade–: «Hasta sueño que vivo. Quizá nadie entienda.»

Gracias, maestro, por el trabajo que se da, el de tomar trocitos de poemas para enhebrar conmigo esta charla tan desigual.

–No se callan nunca los poetas –murmura usted. Luego dice–: «Hoy los poetas mueren en la guerrilla. Los intelectuales se encuentran en las cárceles por no haber sentido la disyuntiva entre su vocación y el deber social. El Che, al morir por un hombre nuevo e integral, ¿no fue acaso capaz de unir la acción a la elaboración más alta del pensamiento?»

Y me explica que quienes deben decidir eso que tanto le preocupa a sus entrevistadores, si su actividad política va en detrimento de su obra literaria, no es el poeta sino sus críticos literarios. O por último, sus compañeros de militancia deberían señalar si ocurre lo contrario.

–El oficio social que hemos escogido –concluye–, no tiene por qué chocar con la actitud histórico-política.

(Cuidado, otra vez... el velero que navega en la ventana empieza a volcarse. Diga pronto una de sus cábalas: «Oh, amor mío.»)

Estas disertaciones se las escuchaba en esos días que ya sabemos, pero hoy, saltando por encima de los recuerdos latentes, oigo sus palabras con ecos distintos: resuenan en los desfiladeros y estremecen los aires, o bien transforman el dolor que evocan, en banderas que se agitan en lo alto con mucha alegría.

–¿Con alegría? –se burla usted–. Te meten de pronto una bala en la cabeza, quizá mientras duermes y ni siquiera puedes derrotarlos con un buen argu-

mento (ay, maestro), y firmas, con tu último aliento, tus divagaciones ideológicas.

Lo ha dicho estando en esta vida. Y no sé qué responder. Regreso de prisa al comedor, donde charlan los poetas, y trato de interesarme en el tópico del día.

Hablan de Bebo y de la libertad de expresión. Para los intelectuales, esa libertad no es «puro individualismo», sino manjar de los dioses.

–De acuerdo –dice uno en la mesa del lado–, pero la libertad es el gran problema que enfrentan los conductores de un pueblo.

(Y de veras, maestro, que no me agradaría estar en el pellejo de los dirigentes, dando un poco por aquí, un poco por allá, recogiendo luego, de las libertades que son mala influencia para la parte inmadura de la población.)

«Caray –dice uno–, hay que ser estricto, pero no rígido. Firme, opina el de atrás, pero sobre todo ¡creativo! Eso. Como lo ha sido este proceso, acota alguien con fervor revolucionario. Hay que reconocer a tiempo los errores», opina mi vecino de mesa.

–¿No es lo que ha estado haciendo Fidel desde un principio? –pregunto tímidamente.

–Reconocer los errores y corregirlos –afirma otro– antes que se le echen encima los descontentos.

En fin, maestro, que no hay códigos para medir la libertad. La libertad de nada, o la libertad de todo. Es materia de sesudas discusiones y no viene al caso discutirlo aquí, ¿no le parece?

–Y por supuesto que no es lo mismo –dice el andaluz, comiendo ensalada y disculpándose porque se le escapan algunos berros por las comisuras... (¿Recuerda a mi amigo Eugenio? Decía que era imposible comer berros sin parecer animal equino...)-. No es lo mismo –repite–, enfocar las cosas desde el ángulo de

aquellos que hicieron un oficio del decir, que desde el ángulo de los que asumieron la responsabilidad de conducir un pueblo, sorteando los infinitos problemas del socialismo.

-Todo un pueblo -dice otro-, incluyendo a los intelectuales que también debemos respetar. Y los analistas que debemos encausar. Sin engaños, y sin concesiones.

Bueno, todo esto a propósito del libro de Bebo-el-forbiden, maestro. Siempre pedía nuevos detalles sobre esta polémica, para mejor entender, ya que era una recién llegada. Pensaba como el Príncipe, que no se puede «cuquear» con la revolución, porque esto hoy y mañana lo otro, y así se van abriendo las brechas. Y luego no faltan los cuervos al acecho para agrandarlas. Y nuestro amigo el andaluz, con su hablar bien alto que no admitía réplica, clamaba que no importaban los detalles, sino la cuestión de fondo. El Príncipe insistía en la importancia del contexto. Y Benedetti, siempre tan buen amigo, me daba la razón, sugiriendo que importaban los detalles para analizar la cuestión de fondo. Pero ya estábamos cuchareando, en las copas de plata, esos deliciosos helados de los treinta mil sabores que son el orgullo de los isleños.

Y ese Bebo de las discusiones («fuera del contexto») ahí en su departamento, tercer piso sin ascensor, junto a su compañera hindú, parecía un ser pacífico y tan inofensivo, esa noche en que fuimos a pedirle prestada una corbata, para que usted me pudiera llevar al Monseñor, un bar de lujo dejado ahí de muestra, supongo, con Bola de Nieve, lustroso y negrísimo y de blanca dentadura, como su piano, cantando justamente, «se equivocó la paloma, se equivocaba...».

Me dijo que conocería a Manolo, el mayordomo, llamado Manolote por su afición a los aumentativos, quien, además de ser todo un personaje, era muy su amigo. ¿Quería que él «me aprobara», verdad? Y eso lo sabría usted si él, espontáneamente, me enseñaba su trofeo, un reloj de oro dedicado por el patrón, un magnate huido, como premio a su labor en un ingenio azucarero. Ahora su reloj, que miraba con ironía, era algo como su secreto y su talismán. Nada más se lo dejaba ver a los verdaderos amigos. Y para usted era importante que él me aprobara, porque –acaso por la sabiduría de viejo campesino de Manolo– usted lo consideraba un poco como su conciencia: «¿Qué pensaría de esto, qué haría en este caso Manolote? Esto que he hecho, le parecería bien?» (Ay, maestro... Manolote llorando con desconsuelo por su desaparición, llamésmola así. ¡Con qué ternura lo miraba!)

Manolo, reliquia de este cayo, vestido de negro, pechera almidonada, haciendo la cola del pan cada madrugada, descorchando botellas después de la media noche, charlando con finura con la clientela, simulando el lujo capitalista, como quien dice: desahóguense de tanta revolución por unas horitas y juguemos a los tiempos de antes, nada de «compañero», ¿qué desea el señor? Manolote de los aumentativos nos envolvió a los dos en una misma mirada de ternura y me mostró su reloj de oro. Luego que usted me contó la historia de su trofeo, lo guardó y bajando la voz nos confidenció que algo GRANDOTE estaba a punto de ocurrir. Y habló con tanto misterio, con tanta media palabra que no supimos si se refería al triunfo mundial del socialismo o a la bomba de hidrógeno que iban a soltar los yanquis en la Isla.

Le agradezco que me haya invitado al Monseñor, maestro, para que conociera al mayordomo de sus amores, y también a ese «hombrazo», diría Manolo, el escritor Lezama Lima, reliquia de ese cayo. Lezama, a quien imitaba usted a la perfección, diciendo esas genialidades que le atribuían con voz de asmático. Había intentado descifrar, sin lograrlo, su famosa novela *Paradiso*, pero igual me parecía un hechicero del lenguaje. Lo imaginaba tal como Bebo lo había descrito en su poema:

«Hace mucho tiempo / como muchacho enfurecido frente a sus manos atareadas en poner trampas / para que nadie se acercara, nadie sino el que tiene / el corazón en el pico de un aura, / me detuve a la puerta de su casa a gritar que no / para advertirle / que la refriega había empezado. / Usted observaba todo. / Imaginaba que no dejaba usted de fumar los grandes cigarros / que continuaba escribiendo / entre los grandes humos. / ¿Y qué puedo hacer yo / si en su casa de vidrios de colores / hasta el cielo de Cuba los apoyaba?»

Gracias, le decía, por llevarme a su santuario, su casa de vidrios de colores. Lo escuchamos disertar entre los grandes humos, instalado en su mecedora de la que desbordaban sus grandes nalgas. Me pareció un hombre montaña de mirada tranquila, que tenía por misión sujetar la verdad desde el otro extremo de la revolución. Le sobraba humanidad para tragarse cualquier bocado, ¿no le parece?, hasta esa revolución que venía a interferir de algún modo con sus hábitos de sibarita, lo mismo que su mecedora demasiado estrecha que le rebanaba las carnes. Decía usted que era crítico y a la vez partidario del proceso revolucionario, sobrio y lujurioso, tentado por

las «delicatessen» de las que ahora se veía privado, católico y ateo, «hétero y multisexual...».

Cuando lo nombraban en el comedor del hotel, su nombre tenía resonancias de campana: ¡Lezama Lima! Mientras el otro novelista muy nombrado, Cabrera Infante, nombre evocador de hazañas de caballería, lanzaba sus dardos desde España. Creo que fue el andaluz de la cuestión-de-fondo –máximo admirador de Lezama–, quien despertó mi deseo de conocerlo. Nos recomendó que le lleváramos habanos y algunas golosinas, para aliviarle el racionamiento, asegurándonos que su charla bien lo valía. Así es que a la hora de almorzar escondíamos bajo la servilleta cigarrillos, postres, trozos de jamón y queso, y el resto se lo pedimos gentilmente a los mozos. Según mi amigo Eugenio, inscrito entre los visitantes, era como ir al zoológico y llevar comida para lanzarle al ballenato en su alberca cada vez que hiciera sus «gracias».

En verdad, maestro, fue aquella una tarde inolvidable. Lo encontramos en el porche de su casa, tomando el fresco en la mecedora. Recordamos las palabras del andaluz, o que el andaluz le atribuía al propio Lezama: «Cuando la revolución termine de devorarse a sí misma quedará un solo revolucionario, él, Lezama Lima, meciéndose ante la catedral entre los humos de su cigarro.»

Fue esa vez cuando nos habló de la simbiosis. La del hombre con sus circunstancias, que había hecho posible la revolución, y la simbiosis del hombre con su paisaje. Y se enterneció con la luz tan dulce que hay en la Habana, tanto que podía usted sentarse en una terraza –dijo–, y dejar que la ciudad se le infiltrara en la piel, poros adentro. Y no como en México, donde había notado que la luz era muy violenta, y con un viso

azuloso que hería la vista. (Y los mexicanos tan orondos ellos, con su «región más transparente». ¿Recuerda, maestro, cuando al doblar una calle, saliendo del paseo de la Reforma, se nos apareció el Zócalo, sin previo aviso, y se nos llenaron los ojos de lágrimas? Dijo usted que era un llanto estético, o quizá tenía que ver con el misterio de aquellas proporciones, la lisura de la plaza rectangular, orillada de balcones coloniales y coronada con esa fantástica catedral churrigueresca. En esos tiempos aún no descubrían el templo sumergido bajo el Zócalo. Y ya que hablamos de México, acuérdesese del santuario de la Virgen Negra, la Guadalupe, allá en la colina. Derramamos unas lágrimas de miedo, me parece, al ver –lo que usted puede ver cualquier día–, cientos y cientos de indios que van a rendirle culto, con un fanatismo que no nos hubiera sorprendido a orillas del Ganges, pero no, en nuestro Continente. «No esté tan segura –me comentó usted–, es que somos demasiado intelectuales, maestra...» O tal vez lás lágrimas eran por la belleza: las indias con sus polleras brillantes, de sedas multicolores, con sus trenzas, sus críos, semilla de rostros morenos y rubicundos, pegados a los pechos, amamantándolos sobre los petates, o dentro de la iglesia. Los hombres venían por el valle, todos de blanco y con sus grandes sombreros. Iban a reunirse con la familia que viajaba en los camiones, para entrar luego a la iglesia llevando los cirios y las ofrendas, con silencioso fervor. «No sé, maestro, si nuestra sangre y nuestra cultura europea adquirida, entra en pánico ante el fanatismo, pensando que ningún proceso, como el del socialismo, por ejemplo, puede romper ese muro. O si es la admiración ante el despliegue de belleza y de raíces, lo que nos hace derramar lágrimas.» «Porque, claro, se llora y se busca la causa después», acota usted. «Te

asusta lo avasallador de esa fuerza que parece surgir de la tierra virgen americana y que podría ser ciega ante cualquier razonamiento...», hubiéramos comentado ambos de haber estado usted allí, portando un cirio (como el amigo mexicano y yo, el que de verdad me acompañó esa mañana, y que lloró conmigo, aunque no entendía por qué, ya que había nacido muy cerca de la Guadalupe y había visto miles de veces las procesiones sin inmutarse.)

Cuando Eugenio le preguntó a Lezama, con una pizca de picardía y mucho respeto: «¿Qué piensa usted, maestro, del hombre nuevo?» le contestó, con su jadeo –ese que le imitaba usted, por el asma y el tabaco–, «pienso... que el hombre... nuevo... ha existido siempre». Eugenio, con una sonrisa de inmensa satisfacción, le entregó un atado de cigarros puros. Luego cuando alguien preguntó que qué opinaba de la novela Cien años de soledad, dijo que aquello le parecía más bien un asunto de priapismo. Y yo preguntándole a usted que qué era eso del priapismo... Me trató con afecto paternal y me fue mostrando la casa. En la sala tenía un armario de puertas vidriadas con sus libros más apreciados. Atravesamos el patio, bañado en esa luz tan dulce que él amaba, y me hizo detenerme ante un cuarto que estaba literalmente atestado de libros.

–Aquí es donde escribo –me dijo.

En las mesas, sobre el piso, en las sillas, por todas partes había rimeros de libros, revistas, diarios, y quién sabe qué cachivaches, como decimos por el Cono Sur, los tiliches mexicanos. Las ventanas debieron estar clausuradas por los papeles si es que las había, porque el cuarto era como un sombrío bodegón. Sólo estaba despejado el rincón que daba a la puerta y recibía la luz del patio: ahí estaba su sillón. Un enorme sillón, reclinable, de maderas rubias, que tenía un es-

tuche incrustado en uno de sus brazos. Me lo enseñó con una sonrisa cómplice. Estaba lleno de lápices, gomas de borrar y navajas para tallar los lápices.

—Escribo dos carillas diarias —me dijo—, lo que hacen seiscientas al año.

Cuando le comenté que el sillón debía ser muy duro, me explicó: «Es que de otro modo, me duermo.»

Sus genialidades han dado la vuelta al mundo, pensaba, sin embargo él se comporta con sencillez, hasta parece tímido. Es como cualquier otro hombre gordo y sudoroso de los trópicos, pero nada más mirarlo a los ojos y usted se dice «cuando otros van, éste ya viene de vuelta». Agradeció los regalos y no pareció percatarse de nuestra admiración. Nada en él delataba al hechicero capaz de engastar palabras como joyas en sus escritos, palabras de las que apenas hay vestigios en los diccionarios. Algunas rebuscadas, pero deslumbrantes, misteriosas, insólitas. Me imagino, maestro, que las recoge de los pantanos o las extrae de las caracolas marinas por el eco que dejan en nuestra imaginación.

«TODO EL AMOR DEL MUNDO...»

Me llevó usted de la mano por muchos reinos nuevos, insospechados, pero ninguno tan bello como el de la Penitenciaría Central de El Salvador, ahí donde el reo Francisco Sorto, al ver pasar las golondrinas, les cantaba con ojos llorosos los tangos de Gardel. Ese Francisco Sorto «que tenía nueve años de estar preso y que mató porque tenía que matar, porque tenía que ser duro y terrible en su tierra reseca donde el pan no se nombra. Nueve años y nueve ojos de estar preso, nueve de rascarse el corazón y darse miedo de uno...»

Aunque escribía desde la cárcel eso de «amo los días de hoy sin inconveniente, no se preocupen demasiado por mí», supo de cuando cierran la puerta de la celda y la celda queda «cerrada, cerrada, cerrada». No puede salir (son oscuros y fuertes los barrotes) pero no desespera, porque entre el frío de esos hierros, se le cuela en la celda «TODO EL AMOR DEL MUNDO».

Y déjeme copiar la hermosa carta que desde allí le escribió al poeta Nazim Hikmet:

«Esta mañana recuerdo su casa en Peredélkino, semejante al corazón del bosque entre pinos gigantes, recuerdo su amplia fraternidad de los ojos antárticos, la cristalinidad de su poesía. Conservo sus regalos:

una cuchara de madera multicolor y el retrato de Lenin, y espero que la terrible cabeza de barro de Izalco que dejé en sus manos le hable a menudo de mi pobre país y su pan difícil... Camarada Nazim: le escribo desde la vecindad del sobresalto, desde la quinta bartolina de la Penitenciaría Central de El Salvador. No había podido hacerlo antes porque estaba libre y con la juguetona y burbujeante libertad, uno no puede elevar las palabras a lo alto de los presos, de los antiguos presos que, como usted, señalaron la ruta para mirar la cárcel como un minúsculo paso de piedra más en el camino, por merecer un poco de la futura libertad de todos.

«Preso me tienen, camarada, desde hace 19 días. Los mismos que con ácidos hierros candentes marcan la rosa oscura, el corazón de su patria, tomaron mi libertad como un objeto simple y me rodearon de odio, centinelas y muros, y me quitaron las correrías del aire, las estrellas, las calles, los ojos de las muchachas, la lluvia franca de estas latitudes que nos buscan la piel para encontrar el fuego. Y aquí me tiene, junto al pobre asesino a pesar suyo, junto al ladrón y el esturpador, y el equivocado, compartiendo el fango y el insulto nuestro de cada día, entremezclando el aliento en el clamor común detrás de los barrotes, viendo pasar los días como golondrinas exhaustas, de acusado de cualquier cosa por amar la esperanza y defender la vida y haber comenzado a ser hombre de una vez por todas, a toda marcha, a toda marejada, sin apenas detenerme a pasarle revista a mi evidente orgullo por el suceso.

«¿Cuándo saldré de aquí? Eso no importa. Lo que interesa es que a pesar del odio, el dolor, la incertidumbre, debemos seguir con la firmeza al pie del corazón siempre junto a la lucha, de cara a la espe-

ranza, y alegres, muy alegres, muy alegres... Perdonará el desorden de mi expresión y mis ideas: hay un poco de fiebre, un poco de desvelo entre mis locas manos y el cerebro, además, el periódico dice que hay otros compañeros capturados. Le adjunto unos poemas de estos últimos días, donde hablan los amigos de la celda, unos de ellos no más, somos trescientos veinte. ¿Saludará a Memet? Y el corazón hay que cuidarlo mucho. Sobre todo hoy que en América tienen múltiples puertas para usted y sus versos.

«No quiero quitarle más de su hermoso tiempo —¿se ha licuado la nieve ya en Moscú?— y termino estas líneas con un abrazo fuerte. Hasta luego. Sigamos izando la mañana.

«Enero de 1960»

(He leído su carta a Nazim Hikmet más de todo lo que pudo leerla el gran poeta. ¡Benditas sean sus cárceles donde se cuele todo el amor del mundo! Sólo hoy recibí yo esta carta, maestro, como si a mí me la estuviera enviando, y entendí de golpe el gran vacío... Sí, el vacío que usted nos dejó.)

Sigamos, entonces, IZANDO LA MAÑANA...

A nuestra intimidad bien vivida, hemos vuelto, maestro. Y no se trata de un espejismo, porque hemos sido, como Dios, capaces de hacer que lo que una vez fue vuelva a ser. (Estoy glosando otra vez, palabras más, palabras menos, al teólogo que dice que Dios puede hacer que lo que una vez fue, no haya sido.)

Es que usted y yo sabemos que nada de lo vivido se pierde o se extravía en los laberintos de la memoria, si aquello se vivió «con todo el amor del mundo».

En ese mes de marzo, vísperas de mi partida, mi estado era de franca desazón. Las horas se volvieron blancas, semejantes unas a otras. Es que aún estaba allí, pero... ¡despojada! (De usted, maestro.)

Dígame, ¿desde la ventana de su casa podía ver como yo, el mar silbante con ese halo invernal? El engañoso invierno del trópico que hace sacar a la gente sus ropas de lana y los hace estornudar de prisa comentando «qué frío está el invierno, caray», mientras los invitados que quedan en el hotel se refrescan de los calores en la alberca de la terraza.

(Y yo, añorándolo, entre los resabios de esa luz «tan dulce».)

Las noches se me volvieron confusas, los sueños borrosos, y el despertar muy triste porque volvía a recoger su ausencia sobre la almohada. Es que estaba irremediablemente enamorada de usted, maestro. («Por supuesto que yo también, boba.»)

Cada mañana, al emerger de las profundidades, tenía que reasumir su ausencia. Lo llamé entonces «mi amor frustrado». («¡Cómo puede decir esas cosas, maestra!»)

Por suerte para mí, el papeleo del aeropuerto estaba retardando mi vuelo. Esta tarde, la de la despe-

dida con su libro tapas magenta, debí quedar muy dada a la melancolía porque tuve un curioso sueño: Estaba, supongo, deambulando por el terreno de los dormidos porque soñaba que El Príncipe tenía por misión recibirnos en el umbral de la vigilia, sonriente, la mano extendida, para ayudarnos a cruzar los peligrosos territorios del día. Debíamos avanzar con saltitos ridículos de canguro, por una pasarela de barras horizontales distanciadas unas de otras. Y abajo, el abismo. (Tal vez se trataba de esos malditos hoyos negros, esos que absorben la luz hasta devorar todo lo que está a su alcance.) La pasarela era como un puente en altura que parecía peligroso de cruzar por los espacios entre las barras. Pero estas barras, maestro, no eran otra cosa que las líneas de un poema del Príncipe, que se habían solidificado en la atmósfera. Asidos de su mano podíamos cruzar sin caer a los abismos, porque, además, los versos estaban hechos de una materia untuosa a la que se adherían nuestros pies. ¿Significaba aquello, maestro, que la poesía a diario nos está salvando de los peligros que nos acechan? Porque, en verdad, bordeamos continuamente los abismos tan confiados, sin verlos abrirse a nuestros pies. Y nos refugiamos en la escritura para no pensar en ellos. Pero de nada sirve –lo de andar distraídos–, diría usted. Basta que des un paso en falso, y estás jodido.. ¿Cuándo y cómo dio usted un paso en falso, maestro? Sí, lo sé. Le dieron ese paso en falso, a mansalva... los jioeputa.

Quizá los versos salvadores de la pasarela no eran otra cosa que una imagen onírica de mi agradeci-

miento a los poetas que nos acompañaron durante esos meses. O mi gratitud hacia El Príncipe por sus frases amables que me perdonaban las culpas. O por el amor que le tenía, maestro, a usted y a sus poemas que nos rescataban de la mediocridad de cada día. Mi amigo Jorge Barba me dejó escrito en la muralla: «Convertir lo adverso en verso.»

Le hablaba de mi desazón. Es que descolgaba el auricular del teléfono para pedir una simple taza de té-puro-por-favor, esa que nos ayuda, como los versos de la pasarela, a sumergirnos en los peligros del día, y no contestaban o bien escuchaba susurros y diálogos en lenguas desconocidas. Había ocurrido ya el relevo mensual de invitados. De los nuestros, apenas quedaban unos cuantos rezagados, como yo. Desaparecían los poetas, los latinoamericanos, aparecían deportistas y técnicos, orientales y eslavos. El cambio lo notaba en el comedor. Todo se me ponía difícil, maestro. Hasta los cigarrillos del terruño se me habían terminado, y ese tabaco tan fuerte de la Isla me raspaba la garganta. Y qué decir de los cerillos a los que no estaba habituada: enciende usted uno y se le adhiere la parte inflamable a la yema del dedo índice, de modo que si se da prisa y aguanta bien el dolor, con el dedo índice logra encender el cigarrillo, luego de agotar la existencia de cerillos.

¿Recuerda a los coreanos? Entraban en fila al comedor, disciplinados como colegiales ingleses. Saludaban inclinando la cabeza en repetidas reverencias, aun si estaba el comedor vacío. Tomaban asiento sin hacer ruido con las sillas, y comían en silencio desde el coctail de camarones hasta el postre de helados. Se levantaban todos al mismo tiempo, sin sonido de sillas, y se escabullían en fila sin olvidar sus breves reverencias. Pero no era más que farsa, maestro, porque

en cuanto llegaban al cuarto vecino al mío donde algunos se hospedaban, se oían sus risas estruendosas. Era tal el barullo que armaban, que podía usted imaginar que estaban revolcándose sobre las alfombras, saltando en las camas, llenos de euforia, dando voces y estallando en carcajadas.

Y hablando de deportistas, una tarde me crucé con un mexicano que salía con su bicicleta aferrada bajo el brazo.

—No las dejan ni a sol ni a sombra —me comentó el compañero del ascensor—. Y no porque duden de la honradez de nadie, sino para evitar tentaciones. Ya sabes que aquí tenemos racionados los artículos que no son de primerísima necesidad. Como las bicicletas, por ejemplo.

Y me aseguró que él estaba conforme con esas reglas de austeridad, porque el ahorro de divisas significa «que podemos salir pa'lante, chica, con o sin bloqueo...». Y con una leve duda agregó: «¿Qué tú crees?» Por ahí, por el piso veinte, me dijo que gracias al racionamiento de ciertos artículos suntuarios no quedaba en la Isla ni un solo niño que no tuviera pan, techo, escuela y zapatos. Y que antes, esos niños andaban descalzos y desnutridos, sin escuela ni atención médica. Así es que no era un sacrificio el no poder comprar más de uno o dos pares de zapatos por año, o hacer la cola para lo que fuera. Y yo le decía, en el piso veinticuatro, que era una esperanza para el resto de los países del Continente ver lo que ellos estaban logrando, porque cuando había cola en mi país, significaba que alguien estaba acaparando para subir los precios, y que jamás se beneficiaba el pueblo con los racionamientos. Y ya de vuelta, porque se me pasó, charlando, el piso cuatro, a la altura del trece, ambos estuvimos de acuerdo que aquello de «todos iguales»

no era, después de todo, una utopía. Que al menos allá en la Isla nos habían demostrado que era posible. «Con mucho sacrificio, muchacha, pero es posible», acotó el compañero ascensorista. Que la igualdad en la cuna, ellos la habían logrado. «Esto es, que cada niño que nace tiene las mismas oportunidades», especificó. Y yo le dije, mientras se llenaba nuevamente el ascensor en el piso del lobby, que por estas mis latitudes nacen criaturas hasta en los basurales. «Eso, mi hermana, no pué'ser...» «Pues, sí, que lo he visto –le dije yo–. De modo que ¿cómo no admirar lo que ustedes han logrado?» «Y lo seguiremos logrando –repuso él– siempre que nos dejen en paz las grandes potencias.» Y mostrando hacia arriba, por mostrar el Norte, volvió a su pequeña duda «¿qué tú crees?» Y como estábamos otra vez en el piso cuatro, él y yo, solos, salió para terminar la charla sujetando el ascensor por unos minutos y me reiteró, con una ancha sonrisa, su fe en los grandes letreros (los que antaño anunciaban la CocaCola), que nos gritan en las encrucijadas, entre palmeras y cañaverales, que los diez millones van, y sobre todo que... VAS BIEN, FIDEL.

–As Camilo said –me comenta usted como quien da su bendición.

En fin, que la Isla era mucho más de lo que yo podía contarle en esas cartas –las que ahora puedo releer, gracias al papel de calco que usé entonces, hay memoria de calco, como hay memoria colectiva ¿verdad? Es una manera de revivir lo vivido sin más costo que la nostalgia y la tristeza por su ausencia, esta vez, definitiva. Y supongo que mis disertaciones sobre los poetas y la libertad de expresión, o mis charlas con el ascensorista alcanzan apenas a orillar el contexto «sin tocar la cuestión de fondo», diría el andaluz. Qué quiere, maestro, en esos días lo vi todo a través del

prisma de mi andar por esas tierras a medio enamorar del Che, de Fidel, de las palmeras ¡y del poeta del cara'ho que era usted! ¿Debo decir que ES, por eso de la permanencia de los poetas? Es que sucede que pasó a ser usted mi único interlocutor posible. Al cruzar su aduana, debió timbrarme el alma con tinta indeleble.

Y en esos últimos días, los de mi desazón, me lo pasé escribiendo. Cartas dirigidas a usted, of course. Salía de vez en cuando, pero las más de las horas me quedaba en mi cuarto con el mar en la ventana. Y para remplazar su presencia, me divertía imitando su estilo: PARODIÁNDOLO PARA NO ODIARLO. Diciendo que tenía que APRENDERLO PARA APREHENDERLO. (BAJAR AL FONDO DE LOS PARÉNTESIS). Decirle «ENTRECOMILLAS» LO MÁS TRIVIAL, USAR LAS LETRAS MAYÚSCULAS PARA DAR GRITOS Y DECIR, en letras minúsculas, que me estaba muriendo, pero que no debía preocuparse, porque seguía amando los días de hoy sin inconveniente.

(Y usted, sin saber de mi angustia. Quizá bebiendo ron con los checos. Su inocencia era mi peor enemiga.)

Trataba de contarle en versos, o en frases anhelantes separadas por guiones, que habíamos sido en verdad, muy felices, antes de que nos separara, inexorablemente, la geografía. Que tendría que reinventar el mundo a mi manera para consolarme de su indiferencia. Indiferencia que no estaba hecha de la materia misma de la indiferencia, sino de sus grandes preocupaciones histórico-políticas, sociales o metafísicas que venían a desplazar su amor por mí. Así es que (concluía) por exclamar (usando los grafismos)

para no caer en los abismos
desmoronando
palabras, como si
lloviera,
exclamar, en fin
que siempre es más sabio
el silencio...

Pero nada me consolaba. Al menos que fuera un razonamiento: DE LOS MILAGROS, LO QUE IMPORTA ES EL MILAGRO, Y NO SU TIEMPO DE DURACIÓN.

Otras veces, pensando que era mía la culpa, la de haberlo perdido, maestro, me acusaba de haber querido devorarlo con mi avidez habitual, en lugar de ensayar por una vez, la medida. (Aunque, supongo, que los poetas-del-cara'ho como usted, hasta masticados con suma lentitud pueden resultar indigestos.) Debí preguntarme a tiempo ¿qué hice para merecer a este niño mimado de todo el mundo, a este héroe antihéroe de andar desgarbado, que a sí mismo se parodia y que con dos ojos latinoamericanos (cito a los periodistas que lo entrevistaban) llegó a la revolución por vía de la poesía y a la poesía por vía de la revolución, sin disyuntiva ni doble condición? ¿Qué hice? Nada.

-Maestra -susurra su voz en algún rincón del cuarto- me está usted ensalzando demasiado. Me confieso pecador, desde mi más tierna infancia.

Y mirándome de pronto desde un espejo oblicuo, me explica, sonriente:

-En el barrio de los golfos, fui el hijo del millonario yanqui, y en el colegio de los hijos de millonarios, fui el rapaz escapado de no sé qué puerta falsa del barrio de los golfos.

Y aquí abro al azar su libro (tapas magenta) y me está diciendo, y esta vez en prosa:

«...Buscas mi perdición, buscas mi perdición. Cerrarás los ojos y me besarás las pestañas y tu aliento penetrará en el rincón de mis audacias. A propósito, me dirás luego, ¿has visto cómo son bellas las rosas del jardín de ese nuevo vecino, el del aspecto de desvalido pero nada difuso, como dirías tú? Y yo intentaré hablarte de mis viejos triunfos (de la cárcel, de la monjita esa, del retrato que me dedicó Marianello) y te pediré que abras una lata de cerveza y que traigas el caviar (aunque haya de comenzarse el pote grande, el último) y comenzaré a hablar de mi desesperación por París y de que es falso, a fin de cuentas (oh blasfemia) que yo lleve esa incomprensible basura de tanta sangre indígena en las venas y de que esto no podrá seguir por mucho tiempo así, que yo deberé volver a casa, al Partido, a mi hora de hacerse matar por las cosas en que uno cree antes de encontrar a una mujer como tú. En fin, algo como eso...» Aquí me detengo, y pienso. Pienso en cuántas veces habló usted de la muerte, sin saber que lo rondaba.

(SILENCIO)

Porque termina su poema «Los Hongos», verano del 71, diciendo... «Usted sabe: me quedan algunos meses de vida. Los elegidos / de los dioses seguimos estando a la izquierda del corazón. / Debidamente condenados, como herejes.»

(SILENCIO)

Dejo su libro de poemas y me traslado a un bar, el Flamingo. Estamos bebiendo ron, y de pronto me

dice: «¿Sabe, maestra? Me preguntaron en el Comité Central que por qué no dije lo suyo. Y yo respondí que por mera discreción.»

Es noche, casi madrugada, seguimos en el Flamingo. Resuena el jazz. Estamos prácticamente sumergidos en el jazz-jazz del jazz. Sentados frente a frente, la cubierta de mármol gris de la mesa, entre los dos. Lo escucho disertar:

—Es que no basta con decir que somos tres millones y que crecemos controladamente, y que cada uno de nosotros necesita un caudal diario de agua, un perro, una maceta de jacintos y que, en el peor de los casos, estamos aquí, mano a mano, en el centro exacto del universo vacío. ¿Me sigue usted? ¡Que levante la mano el que quiera mentir!

Resonó más fuerte el latido sordo del jazz.

—Es que —agregó—, al parecer, en mi caso, el mundo exterior sólo existe en mi mente.

Sus ojos se oscurecen. Estira el brazo y toma mi mano.

(Mi mano en la suya, ¿se hundirá una vez más el barco en el cielo?)

Es que estamos tan cerca, usted y yo, que me sorprende que procedamos de latitudes tan distantes, que sean tan opuestos nuestros respectivos climas, que nada tenga que ver su infancia con la mía, su madre y su padre con los míos, la casa grande de tres patios, el nido seguro, con ese padre suyo que venía a entregar un sobre con dinero y le tocaba la mejilla, la incertidumbre suya, eso de no saber si era hijo de millonario o un golfo escapado de quién sabe qué puerta falsa, con el colegio de monjas de mi niñez, tan apacible y exclusivo, o su selva del trópico con mis lagos del sur y sus conos nevados o el alegre valle central, sus costas de mar caliente con mis costas y el mar con-

gelado por la corriente de Humboldt, los pájaros exóticos que a usted le cantaban, los guisos extraños que lo nutrieron, su maíz y mi trigo... ¿cómo es que a pesar de tanta diversidad nos podemos comunicar de persona a persona, hasta después de... esa palabra que no me gusta escribir? ¿Cómo es que podíamos tocarnos la piel y sentir que se fundía, y cómo es que al pronunciar usted unas palabras, las entendía yo con todo el cuerpo antes que dejaran sus labios?

-Porque -dice usted-, también en este bar lleno de humo con latido de jazz y mucha gente desconocida, lo mismo que en la prisión y sus barrotes, se cuela «todo el amor del mundo».

Y glosando su poema, ese de «cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre», me dice: «Tu voz es la campana de los cinco sentidos, tu voz sería el tenue faro buscado por mi niebla...»

El jazz nos envuelve, nos adormece, nos aturde, pero armonizamos con él.

-Maestra, ¿cómo es que estamos usted y yo en el Flamingo?

-Vine con unos amigos.

-Es decir, no vinimos juntos.

-No.

-Es que no recuerdo nada. ¿No estaba con usted? ¿Qué pasó entre las seis y las ocho?

-Dígame primero si recuerda qué pasó antes de las seis.

-Estaba con usted en el hotel.

-Hablando de los galopes andinos y de la bomba tercermundista, que ya pronto tendría que estallar.

-¿Estábamos solos?

-Con mi amigo Eugenio. ¿Hay algo en especial que desea usted saber?

-Sí, maestra. -Sus ojos se han oscurecido-. Sí, por cierto.

-¿Qué quiere saber?

-Si esta revolución se hace.

-Pero, maestro, ¡está hecha!

-Coño, siempre está en peligro.

-¿Y...?

-Coño otra vez -murmura usted-. ¡Esto es comer mierda!

Escuchamos atentamente el jazz. Miramos a la pareja que está bailando en la pista.

-No sé cómo llegó al Flamingo -le digo-. Pero sé que salió del cuarto de mi hotel, a eso de las ocho, los libros bajo el brazo. Esos libros y escritos que son su lastre cuando anda usted a la deriva. -Me miró de soslayo, con reproche-. No lo niegue, son su timonel, y si llega a puerto es gracias a los buenos vientos de su suerte.

-Dejemos las imágenes -me ruega, empezando a angustiarse- y dígame qué hice antes de las seis.

-Disertar.

-¿Sobre qué?

-Habló de Aristóteles, eso de que el hombre es un animal pensante, por lo tanto debe participar. Y se refirió un par de veces, con ternura, al viejito pelón.

-Lenin, of course.

-Nos tenía deslumbrados a Eugenio y a mí con su lucidez. Para que mejor entendiéramos sus ideas, nos enseñó unos gráficos que había hecho sobre el hombre, su «Higadón» y su «Coracígido», órganos determinantes en su trayectoria por la existencia debido a cierta combinación de factores.

-Siga, maestra. ¿Qué más recuerda?

-Recuerdo su frente inclinada sobre el papel, su nariz, digno vórtice, y sus manos delgadas que triplocaban los espejos, agitándose.

-Divaga, maestra.

-Dijo usted que sus manos eran el terror de las dueñas de casa cuando, en su accionar, siempre parecían a punto de volcar la copa de vino tinto sobre la blancura del mantel.

-Olvide mis manos. ¿Qué más dije?

-Se dolió al recordar «La pureza de la mirada». Aquella que nunca pudo sostener de frente.

-¿La mirada? -repite usted, buscando en las nebulosas de su memoria.

-La que resucita cada tercer día en la Quebrada del Yuro.

-Caray, el Comandante. -Sus ojos siguen sombríos-. Eso es grave ¿no le parece?

-No se aflija, maestro: si hay algo difícil de perder es la pureza.

-¿Quién dijo?

-Lo digo yo.

-¿Y después de las seis?

-Llegó el mozo. El que cantaba a pedido «ponme la mano aquí, Macorina, ponme la mano aquí». -Me mira soñador, no parece recordarlo-. El mozo que entró empujando la mesa de mantel blanco con alas de arcángel.

-¿De arcángel...?

-Alas plegables. Las alzaba con disimulo, con gestos de mago, ¿se acuerda? Nos parecía que la mesa iba a emprender el vuelo. (Usted no recuerda nada.) Trajo el whisky y el coctail de camarones que tanto le entusiasma. En seguida le solicitó a usted un autógrafo para su hija que empezaba ese año a escribir poemas. Le pedí que me cantara ponme la mano aquí, Macorina, y la cantó sin perder su seriedad, pero con mucha pasión. Luego salió del cuarto dejando sobre el sujetador de plaqué el letrerito ése,

tan inútil, de call-when-you-finish, porque si toca usted un timbre, no suena, si telefonea, no responden pasadas las diez, y no queda otra que sacar uno mismo la mesa y dejarla en el pasillo, como un pecado...

-Vuelve usted a divagar, maestra. Sí, lo del call when you finish, lo recuerdo.

-Son gestos que enternecen ¿verdad, maestro? Lo mismo que las tacitas de porcelana desorejadas sobre los manteles de hilo de Holanda, todos zurcidos, de los grandes banquetes. Y los cadillacs detenidos en las rutas camineras esperando que venga un experto a repararlo con alambritos, sacando de otro cadillac alguna pieza para ponérselo a éste, y siempre con mucho optimismo, diciendo: «Muchacha, algo más difícil, como es la revolución ¡se hizo!»

-Maestra, volvamos al piso cuarto de su hotel.

-Antes, déjeme contarle que, en una de esas panes de cadillac, me alejé hacia el mar, allá por Oriente y en una playita divisé a un hombre en harapos. Me dije, vaya, también han dejado unos pobres de muestra... (Como esos millonarios que se paran por las tardes a tomar el fresco en su puertas, disfrutando de la pensión que les pasa Fidel). Bajé corriendo hacia el acantilado, perdiendo de vista a mi harapiento. Y al llegar junto a él vi que vestía, como todos en la Isla, gins y guayabera. «Los harapos es cosa del trabajo», dijo, cuando se los indiqué en el fondo del bote. Y me explicó que sacaba leña de los manglares, bajo el agua. Esas raíces duras y retorcidas que hicieron tan penoso el desembarco de los guerrilleros del Gramma. Y si yo quería comprobarlo, podía visitar el sitio del desembarco: «Hay que caminar dos kilómetros sobre el mar por una pasarela construída ahí como recordatorio del lugar donde ancló el barco.» «Los dos kilómetros los anduve -le dije- y bajo un sol

abrasador, viendo las raíces bajo el agua y pensando que desde arriba les caían las balas de la aviación de Batista.» Se puso muy contento y me habló de lo grande que era Fidel, y de cómo había ido él a dejarle unas botas a su guarida de Sierra Maestra. Le pregunté si era verdad que había tantos presos políticos en las cárceles. «Los hay –dijo–, porque no falta quien trate de boicotear la revolución que el pueblo ganó con tanto sacrificio.»

–Muy interesante, maestra, pero estábamos en que entró un mago con una mesa voladora y dejó puesto el letrerito del call when you finish. ¿Qué nos trajo? ¿Whisky?

–Sí, maestro. Y en la euforia del whisky bebido, sin que cambiara la expresión de sus ojos, con la misma voz con que da los buenos días (su voz velada que me enamora) me dijo: «Si no fuera por los lazos que me atan, me casaría con usted, muerto de la risa y sin pestañear.» O tal vez, a la inversa, sin pestañear y muerto de la risa.

–Vaya maestra, sólo dije la verdad. ¿Cuál fue su respuesta?

–¿Qué se responde cuando a uno le «desproponen» matrimonio?

Aquí recojo, entre el jazz jazz del jazz, un destello de su amor. (Recordé esa manera suya de mirar a los ojos...) Usted quería saber qué había ocurrido después.

–Me rogó que le diera un par de medias para su bailarina porque allá eran difíciles de conseguir. Y no pudo reprimir las ganas de contarme que ella lloraba en el momento del orgasmo y que a usted se le antojaba un conejito. Y yo, que «qué mierda me importaba».

–Si me dio las medias, maestra, las perdí –co-

mentó, con cara de inocente, como si el perder las medias fuera su único pecado.

-No se las di.

-¿Y qué más?

-Tenía usted los ojos húmedos. No sé si por recordar a su conejita, o porque no podíamos casarnos debido a esos lazos que lo ataban. O bien, por el simple dolor de existir.

-Lo que humedece a menudo los ojos -dijo usted-, es el agradecimiento, más que el dolor.

-Agradecimiento, ¿de qué?

-De estar vivo. ¿No se merece la alegría de existir unas cuantas lágrimas? Cuando me dejó en su cuarto leyendo esa primera carta que me escribió, me encontró llorando. Confieso que soy bastante llorón. Pues tenía mis razones. El agradecimiento. Por haber tenido la suerte de encontrarla, maestra.

El latido del jazz se detuvo. El mundo se detuvo. («Yo en ti como la tormenta tocando la raíz de los volcanes. Tú para mí como el desfiladero llovido para la luz del amanecer.»)

Retomó el jazz.

-¿Me lo dice en serio, maestro?

-Sí, boba. ¿Por qué siempre esas dudas? Pero, no se me disgregue y dígame de una vez qué ocurrió entre las seis y las ocho.

Latido del jazz jazz.

-¿Hicimos el amor?

Jazz jazz del jazz.

-¿Es que no estuvimos solos en su cuarto?

-Mi amigo Eugenio se fue a las seis.

-¿Entonces? ¿O no le gusta hablar de hacer el amor? Tiene razón, es mucho mejor la praxis, as Lenin said. Recuerdo unos vidrios de un vaso quebrado y usted, recogiénolos bajo la mesa de alas arcángel.

Con lágrimas. –Me miró, serio–. ¿Por qué esas lágrimas?

Me salvé de responder gracias al argentino «el denso» ¿lo recuerda? que se acercó para invitarme a bailar. Bueno, por si no lo recuerda, me refiero al periodista que lo perseguía para entrevistarle a raíz de su premio de poesía y que, finalmente, lo acorraló en mi cuarto del hotel.

Le dije que el jazz no era para bailarlo. Él insistió. Bueno, vamos. Usted se quedó en la mesa. Y yo, tratando de seguir a ese pies de plomo. Ahí fue donde escuché de pronto el llamado del saxo alto. ¡Qué músico del cara'ho, maestro! Hablaba con el saxo. Decía cosas dolidas, sublimes, urgentes, un clamor que se adentraba en usted, gritaba, o se volvía muy dulce. Un sonido capaz de derrotar las más bellas palabras conocidas. El negro elástico, ese puro-ritmo, había dejado a su pareja. Cuando el argentino me hizo pasar cerca de él, me lanzó su desafío: «Si bailas conmigo, muchacha, sabrás cómo se baila el jazz.» Y miró al argentino con cara de lástima. Así es que, en cuanto pude me deshice de él y partí, entre los humos y los clamores del saxo, en brazos del negro-elástico. En verdad supe cómo se podía bailar el jazz y hasta encontró alivio mi corazón herido. Herido por usted, maestro.

Volvimos a la mesa. Mi pareja insistía en seguir bailando. Yo me negaba. Alguien vino a preguntarme si era racista.

–No soy racista, pero estoy enamorada de usted, maestro.

–Yo también, boba.

Llegamos al punto neutro. Después de un silencio, me pregunta otra vez si no hicimos el amor bajo el arcángel, esto es, bajo la mesa. No hubo respuesta.

-Estuvo sensacional. Eso, lo recuerdo -dijo con cara de estar pensando en otra cosa-. Pero ¿por qué esas lágrimas? ¿Se lastimó las rodillas con los trozos de vidrio?

Nos vuelve a interrumpir el argentino. Se instala sin ser invitado en nuestra mesa, habla sin que se lo pidan, habla y habla, y usted con los ojos me sigue interrogando. ¿Por qué esas lágrimas? Al fin nos deja en paz prometiendo, sin que lo autoricen, que lo va a entrevistar al día siguiente lo encuentre donde lo encuentre. (Meses más tarde leo en Madrid su entrevista y se la envió. Usted indignado porque se atrevió a encabezarla con eso de «Poeta Revisionista». «Mala leche, maestra -me escribió-. Y además ¡qué indiscreto! No tenía para qué nombrarla y decir que estábamos en su cuarto.»)

Volvemos al Flamingo: usted quiere saber qué pasó después de las ocho. (Dice que en estos «blancos estúpidos» yo soy su memoria.)

-Salió usted, se detuvo en el umbral y fijó en mí sus ojos. Pero su mirada pasó de largo por mi cuerpo. Como ¿recuerda ese poeta francés y su esclava? la que naufragaba en los espejos, y según decía, podía pasar a través de sus miradas sin quebrar su ausencia, «sans briser leur absence».

-¿Y luego?

-Se alejó usted por el pasillo, tambaleándose.

-¡Coño! ¿Me tambaleaba?

-No mucho.

Y entre el humo y el jazz jazz, volvió a decir que aquello era comermierda.

-Leí en la revista Bohemia que con dos ojos latinoamericanos llegó usted a la revolución por vía de la poesía.

-Cosas que se dicen en las entrevistas.

-Y en la página que sigue, muestran una gran fotografía de Machucuruto, hijo y nieto de Rosafé Signet, dos veces campeón, y que después de muerto se perpetúa en las vaquitas F1 y F2.

-¿Lloró por mí?

-Por usted.

-Pero, ¿por qué razón?

-Agradecimiento. Como usted dice. Por haberlo encontrado.

-Nos queda toda la vida por delante, maestra.

-Vuelve a tomar mi mano por sobre el mármol helado de la mesa.

-¿Usted cree?

-No.

Cesó el jazz. No importa dónde estemos. Ya podemos levitar juntos entre «los destellos de luz que no se empañan», en «la voracidad de los sentidos nochiérnagos y las mascarillas lunares para vivir en el reino de la poesía in extremis, que aporta la configuración paradójal...» etc, etc., porque hemos constatado que EN EL SUEÑO EL ALMA TIENE OJOS DE LINCE. Cesó el jazz, le estaba diciendo, y el humo se volvió denso, dos tipos rondaron abrazados en una riña por las baldosas gastadas del Flamingo. Hubo jaleo y mucho ruido, y pasó alguien avisando que iban a cerrar.

Afuera estaba de pie la madrugada, áspera y fresca.

Partió usted sin tambaleos, los libros bajo el ala y un fuerte dolor de cabeza. Sonriendo como por obligación. Pero no se fue muy lejos, lo volví a encontrar en la casa del saxo alto que me había invitado a escuchar un cuarteto de Beethoven (por la admiración que leyó en mis ojos, quiso premiarme con su cuarteto favorito, el favorito de los entendidos, el que mi amigo violinista dice que se llevaría a una isla desierta si tuviera que escoger una sola cosa, lo que más ama.

Yo, of course, lo escogería a usted, ahí mismo, saliendo del Flamingo de madrugada, con su dolor de cabeza y ese cielo azul líquido. Pero opté por el cuarteto de Beethoven y seguí al saxo alto.)

Fue llegando gente a la casa del saxo, más que casa era un amplio cuarto de madera con muebles de mimbre. En un sofá apareció usted recostado, ya totalmente ausente, encogido en su cuna estrecha, quizá soñando que aún no nacía. El limbo de las amanecidas luego de una noche en vela.

Ese muchacho de ojos verdes que recién llegaba de la Isla de Pinos y decía amarme más que a una amante, una madre o una hermana, no cesaba de hablarme de Rilke, así es que no supe en qué momento el sofá de mimbre se quedó sin usted.

Gala la Bella y sus amigos entraban y salían de la casa del saxo, otros se quedaban charlando en la media lengua de esos días, el balbuceo de los bares, el argot de «la onda»: una onda, vaya chico ¡qué onda del cara'ho!

El saxo, un muchacho rubio y delgado que apenas hablaba, me hizo ir al cuarto contiguo, donde tenía su cama, para enseñarme su mayor tesoro: el último cuadro de su amigo pintor, muerto de cáncer. «¿Sabes cómo lo llamó? Me llevó el cangrejo», dijo con voz dolida mientras me acariciaba suavemente el cabello. Lo que sigue, ya no le concierne, maestro. El limbo...

Cada vez que el Príncipe llegaba a cenar al hotel acompañado de su mujer, sabíamos que por la mañana habría un nuevo embarque de invitados. Se nos iban de dos en dos, de tres en tres. Así perdimos al espectacular Stromboli –como lo bautizó Eugenio por esos ojos ardientes hundidos en las cuencas y sus ademanes de iluminado–, el italiano que había llevado el teatro hasta la selva ecuatoriana. Se nos iba el encantador Bendetti, advirtiéndonos que si bien él y su esposa no tenían hijos, tenían padres que visitar. Ella, recta en su silla, con su aspecto de discreta dignidad junto a la esposa del Príncipe, la que tenía mucho de rosa fresca. Aunque al quitarse los lentes, sus ojos acusaban un leve desequilibrio, debido supongo, a su difícil condición de esposa de poeta. Siempre me inquietó ese rol, maestro, mujer de poeta. Las pocas veces que sus maridos las invitan a sus vociferantes reuniones, se las ve distantes, modosas, perfectamente adaptadas al barullo. No parecen abrumadas por la pesada cruz que cargan. Sonríen, esquivan como pueden el ping pong verbal que practican sus maridos para regocijo de la concurrencia, a gritos y, de un extremo al otro del salón. Y si ellos al pasar le hacen una seña cariñosa y preguntan, sin interesarse

en la respuesta «¿estoy muy borracho, querida?», ellas intercambian miradas cómplices de resignación.

Y usted, al centro, bailando un tango, ojos melancólicos. Se había calzado esas largas cestas de jugar a la pelota vasca, lo que le daba aires de cangrejo. Usted, sumido en sus monólogos metafísicos, y yo esperando que reparara en mi presencia.

De veras que me gustaría condecorar a las esposas de los poetas, maestro. Cuando termina la fiesta, aunque se haya prolongado hasta el nuevo día, ahí están ellas, pacientes, bien dispuestas, esperando que sus maridos se decidan a poner fin a esa discusión de alta cultura en la puerta de calle, en la acera, o sujetando un poste. Los miran casi con indiferencia pero con aire posesivo, como diciendo «eso que tanto admiran no es más que mi esposo y por favor no lo sigan estropeando con tanto halago...». Y se lo llevan a casita –a veces en estado delirante–, le dan su leche para la úlcera, su limón para el hígado, sin reconvenirlo con frases inútiles, como para qué bebes sabiendo que te hace daño, les quitan los zapatos, los calcetines y los pantalones con gestos precisos, perfeccionados por la costumbre. Mueven la cabeza como quejándose ante un testigo invisible cada vez que ellos les dicen sus ternezas nombrándolas con nombres equivocados.

Pero estábamos en mi despedida de la Isla.

Me iba sin lesiones. Apenas un sabor de desencanto, mezclándose a la visión deslumbradora. De los sueños, ya lo sabemos, no es posible rescatar algún trofeo al entrar a la vigilia. Sólo proyectar espejismos y darles la fuerza de lo real.

Es lo que trato de hacer, maestro: aprisionarlo en estas líneas para que de algún modo se cumpla su be-

lla promesa del HASTA SIEMPRE, OF COURSE, HASTA SIEMPRE.

Lo malo es que es usted tan cotidiano. Sería un ser extraño si no fuera por su seductora simpatía. Sería un genio a no ser por ese pasar por todo, ágil y liviano que parece que flota, llegando y partiendo sin previo aviso, dispuesto siempre a probar los mil sabores del sabor. No sé a qué velocidad se mueve, pero sospecho que anda en órbita y no es trabajoso encontrarlo.

Esa noche, la del tango con brazos de cangrejo, le dije a su amigo Meme que yo le había robado la paz. Tengo su paz conmigo. Sé que usted ya se fabricó una nueva. Y sigamos con mi despedida.

Vociferan en el cuarto contiguo –es la hora de expansión de los deportistas coreanos–. La mesa del tocador, la del triple espejo que capturó sus manos voladoras, está despejada: regalé casi todo lo que traía para dejar buenos recuerdos. A los amigos, lapiceros y portadocumentos, a las camareras, perfumes y ropa interior (a usted, mi alma, por si la necesita...). El clima cambia, aceleradamente. ¡Por favor, antes que me sienta desolada, pónganme el avión sobre la alfombra al pie de la cama!

¿Recuerda nuestra última salida, donde Carlitos de los Tupa? Fue instructiva la charla que sostuvieron, pero asustaban los negros vaticinios sobre el avance del militarismo en nuestros países del Cono Sur. Al regresar al hotel probamos la nueva experiencia de quedarnos en el lobby (el compañero de la carpeta lo miró con cara de no dejarlo subir conmigo), sentados en ese frío banco de mármol, las manos juntas, los dedos entrelazados, quietos y en silencio. Fue extraño, ¿verdad?, amarse ahí, sin quitarse las ropas y con un par de ojos encima.

En fin, tendré que hacer pequeñas mis pertenen-

cias para que quepan en mi maleta: el mar en la ventana, los crepúsculos color rosa, rejas y palmeras, la voz tan suave del mulato Pablito, los sabios consejos de Haydé ¡y usted, naturalmente!

No vendrá a cenar el Príncipe y su esposa, mañana por la noche –sólo yo me marchó–, pero me despedirá el pueblo con sus banderas y Fidel hablando desde lo alto de la escalinata. Quedaron atrás los desvaríos, maestro, todo volvió a entrar en el nuevo orden (el revolucionario, of course). Se fueron los amigos, el tierno Efraím con sus madrigales, todos los que nos acompañaban, esa verdadera corte de poetas, los amigos con que cantábamos en el cuartito azul del fondo del pasillo. Pasamos una jornada interminable despidiéndolos en el aeropuerto, porque el avión tenía uno de sus motores averiados. En la espera ocurrían cosas insólitas, como si también la espera se hubiera descompuesto: un sofá se derrumbó, se terminó el café y el jugo de mango, la música ambiental, algo como un potpurri que incluía el Cascanueces, se les atascaba. Las muchachas de uniforme –las que ofrecían el jugo de mango–, se despeinaron todas a un tiempo. El Pata peruano constató que su herida de la afeitada matinal le había cicatrizado y al poeta argentino del Peral le creció con violencia la barba. Algunos de los que habían ido a despedir a los que se marchaban, empezaron a sentir tedio y a tratar de disimularlo. Desaparecían de uno en uno, y luego los descubríamos durmiendo en autos ajenos, de los que parqueaban en la avenida central del aeropuerto. Mi amiga Crecia se pesaba en todas las balanzas de pesar maletas, alarmada con los kilos sobrantes. Pero lo más curioso, maestro, eran los cambios de sentimiento a medida que la espera se prolongaba. Aparecía un empleado de Iberia y daba la voz de alarma «el

avión pronto a partir, daos prisa». Los indiferentes volvían a su tristeza, nos dolía la separación, prometíamos escribir, se intercambiaban nerviosamente las direcciones, los que se iban derramaban unas cuantas lágrimas, empezaban ya a sentir nostalgia, se reiniciaban con energía los abrazos, cada uno con cada uno y todos con todos, no te olvides de mí, se peinaban las muchachas de uniforme, traían café y jugo de mango y en mitad del más emocionado ¡hasta siempre, compañero! se mostraba un oficial de negro con cuello orillado de oro y anunciaba: «Vosotros un poco de paciencia, que por error los cretinos han vaciado el aceite en el orificio equivocado, que tardará el drenaje.» Empezábamos otra vez a derrumbarnos junto con el sofá, no más jugo de mango, volvía a atascarse la música ambiental, se dispersaban despedientes y despedidos. Para pasar el tiempo, Crecia, que estudiaba filosofía en la Sorbonne, buscaba fórmulas metafísicas para asumir la espera, verbigracia, todo hecho está lleno de sentido, entonces, se le ha de asumir con tal o cual actitud, como si la persona se hallara no en estado de espera sino en estado de gracia. De ese modo no se ha perdido el tiempo de la espera. Más bien se ha ganado. Porque, decía ella, con la autoridad que confiere el haber estudiado en la Sorbonne, en tal estado –el de gracia–, es posible descubrir el sentido oculto de las cosas, aquel que aún está sin codificar, algo que pudiera enriquecer la enrarecida atmósfera de nuestra monótona existencia. Y siendo que la espera es un tiempo pasivo, nos obliga a la reflexión, a entrar en nuestro YO interior, etc., etc. Mientras tanto, Carlos María, eximio caricaturista además de seguidor de las huellas del Che, me dibujaba en la piel, justo «por dentro del codo», dijo, a Fidel discursando, ya que al flectar y estirar el brazo, él cerraba o

abría su boca. El Pata peruano recordó que tenía cita con la Condesa de Kent y que no iba a llegar a tiempo por culpa de los cretinos que vaciaron el aceite en el hoyo equivocado. Con Crecia tuvimos tiempo de sobra para recorrer la avenida de palmeras revisando los autos parqueados, en los que descubrimos antes los cadáveres exquisitos de los despedientes dormidos. Alguien sugirió que revisáramos el calendario porque en día 13 no despegan aviones cubanos, y quizá aquello había contagiado a los españoles. Cuando el avión estuvo listo, y esto ocurrió en forma grosera por lo repentino, sin tener en cuenta lo tenue y lo poética que había sido la espera, empezaron las carreras locas y los encontrones, la caída de bolsos de mano, de abrigos, ya nadie lloró y nadie se despidió de nadie. El Pata partió olvidando sobre el sofá caído su abrigo de almirante y tuvimos que correr tras él por la losa para entregárselo.

De vuelta al hotel, apenas Carlos María y yo (y Fidel, mudo dentro de mi codo), entre fatigados y melancólicos, pedimos que nos sirvieran lo que fuera. Nos trajeron café y hostias marxistas, maestro, esas galletitas tan ricas como insulsas que desbordaban en las paneras de plata. Nos dieron mil excusas por no servir alcohol, pero sólo les quedaban unas botellas de cola (la otra, la cocacola, no la piden porque alguien echó a correr el infundio de que la cocacola de los yanquis «tumba el palo, chico...»).

Quizá falten algunas circunstancias que anotar, como la fiesta en casa de Gala, por ejemplo. Encaramados en los escaños azules de su cocina, la mirábamos freír malanga. El amigo de los grandes bigotes (el que me dio su foto dedicada «llévala siempre contigo que yo te guardaré en mi recuerdo»), el que entraba y salía clandestinamente de las selvas bolivianas bus-

cando rastros del Comandante, Luis, se llamaba, me estaba preguntando si había leído últimamente, lo que en la onda de entonces quería decir hacer el amor. Le dije que por desgracia no mucho, que había extraviado el único libro que me interesaba releer. La fiesta se prolongó hasta que se acabó la noche y me hice de nuevos amigos. De madrugada un muchacho del ICAIC que celebraba el inicio de sus vacaciones, esto es, partir a la cura del caballo, como la llaman, a cortar caña en los calurosos cañaverales de los diez millones van, me invitó a colar café en los escaños azules mientras el resto de los comensales dormían y de paso, me contó su vida.

Por las calles llovidas de marzo transitaron las mujeres con sus bolsas de compra (Manolete grandotote estaría ya en la cola del pan y usted maestro... tal vez aún en el limbo de sus sábanas). Los obreros en la «guagua» miraban con extrañeza mi vestido de fiesta y mi cara de trasnochada. Es que tenía que aprender de prisa el reverso de la vida habanera, no sólo la disciplina del festival, de los premios, las organizadas visitas de los invitados (vayan donde quieran, dijo Haydé, hallarán bueno y malo, si sólo quieren lo bueno busquen a Dios). Me alegré de haber conocido a Gala la bella. Me llevó al hotel una delicada caracola de los mares del trópico. Antes me había telefoneado diciendo que no podría llevarme flores porque en la única tienda abierta había una cola demasiado larga. Y yo, que no quería flores porque se me iban a marchitar en el avión. «Cómo eres tú, muchacha –dijo–, te di lo que es para-siempre, mi amistad, y ¡tú me pones reparo en las flores!» Gala, la que estuvo en París, en los Campos Elíseos vestida de guerrillera al empezar la revolución, posando para la Revista Vogue. Gala, que –según confiesa–, cambia de marido cada semana,

Gala, experta en kárate, Gala, que puede exhibirse entre los modelos con la cabeza enteramente rapada sin perder ni un ápice de su belleza, Gala, la que conoce todos los sésamo ábrete para entrar a los bares, o visitar a los santeros. Gala, que asusta un poco a los timoratos, estoy segura, maestro, que ha de tener, como dice Bebo en su poema, el corazón en el pico de un aura. En fin, dígame usted si las personas como Gala no le quitan un poco el aire demasiado adusto a las revoluciones, lo mismo que el ron y el son. Anduve con Gala esos últimos días, buscando y descubriendo, al igual que en esa playa de Jibacoa, tratando de saber qué es lo que, bajo el mar, produce esos hermosos tonos azules de la superficie, quizá las estructuras marinas y lo que abajo se pudre. Lo que las auras rescatan, para que siempre todo vuelva a empezar con la misma frescura y belleza, y para que nunca nos olvidemos del infinito.

—Amén —diga usted.

Anduve, en suma, mirando ese «bueno y malo» de Haydé, para que las cosas entraran en su justo equilibrio.

Ya se filtra la mañana por los postigos de mi ventana (mi ventana del cono sur), y usted se ha esfumado. Tengo, pues, que dar fin a estos días en los que lo he venido evocando. Reviviendo con alegría el por dentro y el por fuera de aquel año del Primer Hombre en la Luna, entre un mes de enero y un mes de marzo. Ahora que ya no camina usted por la geografía se me acabaron esos sobresaltos de vendrá esta noche, lo veré mañana. Quedará para siempre flotando entre la amistad y el amor, el amigo y el amante. Dejaré descansar su alma, maestro, porque me doy cuenta que lo tuve inquieto, quizá atormentado o sufriendo algo como una desorientación, con tanto llamado, tanto clamor que le subía desde la tierra (ya no se debe decir que sube, porque sabemos que el cielo no queda arriba... ni abajo). Sospecho que, a pesar de no haber pronunciado ni una sola vez las once letras de su nombre, fue atraído lo mismo hacia mi habitación, por aquello de la «santa bestialidad que conservan los muertos y que se empeñan en utilizar...». ¿O no? Lo imagino vagando transparente del cuarto donde escribo al cuarto de mi hotel allá en la Isla, confundiendo la vela de los balandros que navegaban hacia La Habana del Este con las cimas nevadas de nuestra

cordillera austral, cayendo en mil trampas, atado por esas cábalas que me invento y que han suplantado los rezos cristianos, o los discursos fúnebres. Víctima, en fin, en su nuevo estado, alado y etéreo, de la simbiosis, esa de las puertas azules y esa revolución tan bella, tan digna de ser amada, que nos permite entrar por pasillos ajedrezados hacia el reino de la poesía, una tarde rosa con silencio de palmeras, con blancas mecedoras y la voz del mulato Pablito cantándole a Hochimín, el gran conductor de pueblos. Porque, ¿hay poesía más cabal que la del hombre tratando de recuperar y practicar los valores morales, su grandeza, su dignidad, atravesando pasillos con puertas azules en forma de alas de mariposa? Y como decía usted, maestro, «que levante la mano el que quiera mentir».

—Olvida, maestra, lo más simple: otro pasillo, el de su casa. Me acompañó usted hasta su puerta, me despedí con un beso y le dije «hasta prontito».

—No, no lo he olvidado. Y luego su voz, muy lejana (son difíciles las comunicaciones desde la Isla), diciéndome que ya estaba de regreso, y que me telefonaba para decir «gracias».

Fue como decir **AQUÍ TERMINA ESTA HISTORIA.**

Así, de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante, con frases recurrentes, dando vueltas en círculo, o avanzando a trechos con el andar torpe de las escafandras lunares (le hablo de los astronautas que nos acompañaron en esta larga carta), así, le decía, y con su leve andar sesgado de velero cruzando los vientos del estrecho de Magallanes, **IZANDO LAS VELAS DEL MAÑANA**, en este balbuceo protegido por sus sabias palabras y sus versos —de los que me he apropiado por eso de que los poetas son de quién más los ama—, en este relato, en fin, iluminado por su pre-

sencia, he querido rescatar no ya su recuerdo, sino su persona. En cierta forma, será éste un espejo en el que usted habite (of course para siempre), y donde pueda ver su imagen si se cansa de estar invisible.

Hasta ahora sólo he platicado con su libro tapas magenta, pero tengo el otro, el del premio, y en su primera página, la dedicatoria con tinta roja escrita de prisa antes de salir de mi casa y perderse en estas calles que no tienen mar, con un «hasta prontito»: «Para usted, maestra, que se queda en nuestra casa, rodeada de amor. Con el amor de siempre...» y ese nombre suyo que me prohíbe pronunciar.

Sólo me resta escribir mi propia dedicatoria. Aunque antes, copiaré la dedicatoria impresa en el libro, la que usted dejó estampada, dirigiéndose a un tal Jorge, real o simbólico, quizá un combatiente del Caribe y que dice así: «Querido Jorge: yo llegué a la revolución por la vía de la poesía. Tú podrás llegar (si lo deseas, si sientes que lo necesitas) a la poesía por la vía de la revolución. Tienes, por lo tanto, una ventaja. Pero recuerda, si es que alguna vez hubiese un motivo especial para que te alegre mi compañía en la lucha, que en algo hay que agradecerse también a la poesía...»

Y mi dedicatoria, maestro. Usted perdone, pero creo que una vez más me voy a adueñar de uno de sus poemas. Uno que escribió antes de que nos encontráramos, sin pensar en mí, para nada. Pero ¡dígame si no parece que lo escribió a propósito para terminar esta carta! Bueno, de algún modo, con estos versos suyos, creo que es usted quién me la dedica a mí:

*Yo sería un gran muerto
mis vicios lucirían como joyas antiguas
e imitarían los adolescentes mis gestos de júbilo*

mis ocultas palabras de congoja.

Tal vez alguien diría que fui leal y bueno

pero, SÓLO TÚ RECORDARÍAS

MI MANERA DE MIRAR A LOS OJOS...

A MODO DE POSDATA

Maestro, no hay carta que se respete sin una posdata. Fíjese que a poco de terminar de escribir esta carta de recordarlo, de rescatar vivencias, de andar pisándole las huellas, ocurre que anoche, de veras, ESTUVO USTED CONMIGO. ¿Cómo? Pues, ya verá:

Me estaba atormentando, ¿y quién no?, si en estos años nos han cambiado el país, tanto que cuesta reconocerlo. Así es que no lograba dormir. Me sentía terriblemente frustrada pensando que las cosas no tenían visos de mejorar, que nos habían jodido, en otras palabras. Y mientras me repetía esto para mis adentros, esto que nos han jodido, pensé qué importante era estar con usted, verlo, hablar de lo que me estaba afligiendo, pedir su consejo, así, de persona a persona como solíamos, en un llamado de larguísima distancia. Y entonces... ¡entró usted!

Transcribo nuestro diálogo con absoluta exactitud:

-¡Maestro! Pero, si me habían asegurado que usted...

-¡Imagínese!

Sus manos se agitaron levemente, como diciendo el resto.

-Entonces, ¿su muerte...?

-Pues, sí. Afirmativo, como dicen los jovencitos de los comandos.

-No entiendo.

-¿Y usted cree que yo entiendo?

Y luego de un silencio, dijo:

-Hablemos de usted, maestra.

-No, de usted. ¡Es tan difícil de creer! Explíqueme, maestro, por favor.

-¿Qué puedo explicarle si no me acuerdo de nada? Tengo uno de esos blancos.

-¿Cómo los del ron, entre tal y cual hora?

-Así.

Lo miro esperanzada:

-¿Así es que tampoco sabe si está vivo o... muerto?

-No, eso lo sé; muerto.

-Pero maestro, si está usted aquí, en mi cuarto, conversando conmigo.

Lo toco, y no era una ilusión... Se sentó en seguida a los pies de mi cama y me dijo, con una cara muy seria:

-Insisto en que aquello es afirmativo.

-Dígame al menos qué es lo último que recuerda.

Me miró con unos ojos bien tristes. Como si la humanidad le doliera. Se desplazó por el cuarto. Se detuvo un instante frente a la ventana, como para saber en qué latitud nos encontrábamos. Volvió a sentarse a los pies de mi cama y, marcando mucho las sílabas, dijo:

-Me anestesiaron los hijos de puta. -Suspiró hondo, y luego de mover sus manos en un gesto de asíson-las-cosas, me rogó, con un tono afectuoso-: Hábleme de usted.

-No hace falta, maestro. Ocurre que sólo con verlo se me arregla la vida...

-Eso está muy bien.

Me sonrío, y no sé qué pensar.

–Pero, ¡es que es realmente increíble, tenerlo aquí conmigo! –insisto–. Ya que no recuerda nada de nada, hábleme del futuro. ¿Qué piensa hacer?

–Pues, imagínese... No lo sé.

–Entonces ¿se desvanecerá su fantasma?

–Saldré por la puerta. No me desvaneceré. No quiero asustarla.

Así es que no había mucho más que decir. Nos miramos a los ojos, como despidiéndonos.

–Es todo tan insólito, maestro, ¿verdad? –Usted asiente–. Bueno –le digo–, déme su mano.

Y me la dejó por un instante largo. Mirándome, inclinando la cabeza (ay, ese TODO EL AMOR DEL MUNDO que inventó en sus cárceles), los ojos bien serenos, la mirada tierna, como disculpándose.

Su mano estaba, como siempre, tibia, acogedora, suavísima por dentro.

GRACIAS, maestro.

OTROS TITULOS DE ESTA COLECCION

EL ARQUITECTO

Mario Soldati

LOS OJOS VERDES

Marguerite Duras

LA VISPERA DE SANTA VENUS

Anthony Burgess

BESTIARIO FANTASTICO

Juan Perucho

EL ESTUDIANTE EXTRANJERO

Phillippe Labro

SOBRE MI MISMO

Thomas Mann

LOS HECHOS DE ZACARIAS

Guillermo Morón

C omo evocación, recreación y retorno al pasado mediante la memoria, **Carta a Roque Dalton** constituye un texto insólito, de una rara ternura que sabe esquivar el ensimismamiento y la sola emotividad.

Una autora, que desde luego podría ser la autora, conoce a Roque Dalton, una de las voces poéticas- de la República de El Salvador- más genuinas de Latinoamérica. Y esas dos voces trenzan confianzas y silencios, exultaciones y decaimientos, en el fervor ascendente de la ilusión y el encuentro con la Cuba revolucionaria. La figura del poeta, con el acendrado relieve del contrapunto que supone la evocación narrativa, emerge nítida, e irreductible, iconoclasta e irónica. Frágil e inolvidable también, tal vez como la poesía misma.

Isidora Aguirre ha conseguido una expresión de libre y expansivo vuelo sentimental y de rigurosa reconstrucción de lo que nunca es olvido: el amor. Estas páginas de Isidora Aguirre transparentan su capacidad de rescatar el poder sensual y anímico de la vida.